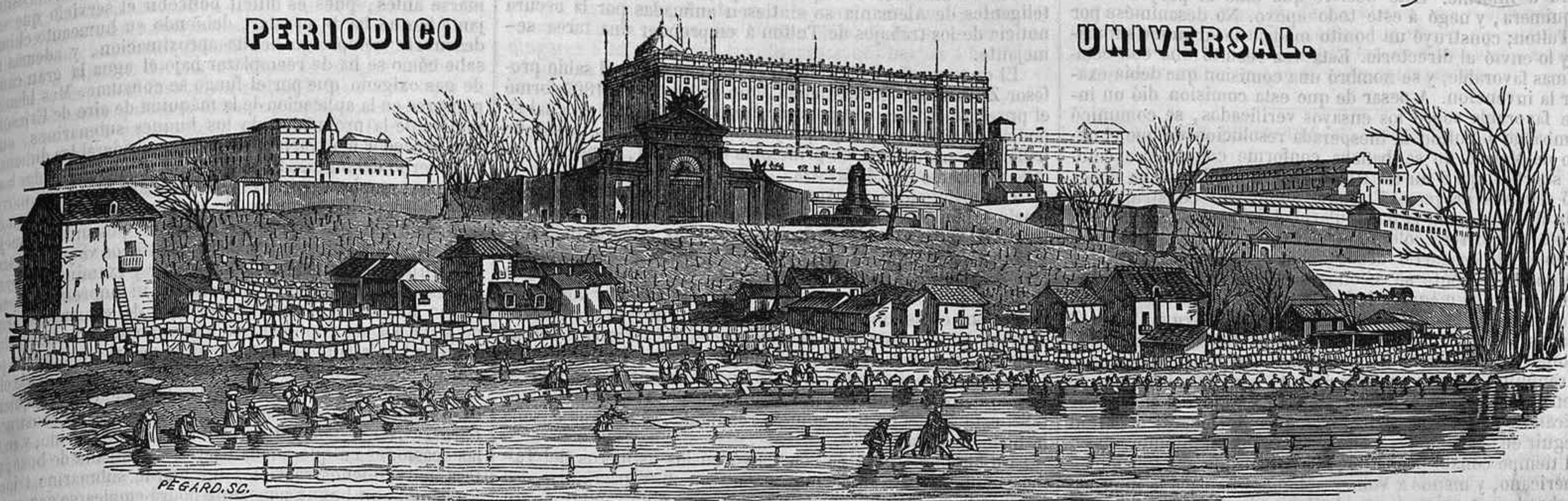


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 222.—SÁBADO 28 DE MAYO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

REVISTA CIENTÍFICA, ARTÍSTICA É INDUSTRIAL.

DESCUBRIMIENTOS É INVENCIÓNES.

EL ELECTRO-MAGNÉTICO COMO FUERZA MOTRIZ.—Parece reservado á la joven América del Norte realizar esta esperanza teórica. Aquí no se han contentado con escaramuzas teóricas, sino que en vista de la tendencia práctica que anima á los americanos se ha atacado este objeto de frente, y puesto la mano á la obra para lograr la feliz solución de este gran problema. El profesor Page ha verificado ensayos con el fin de obtener una máquina electro-magnética que pudiese rivalizar con las máquinas de vapor que en la actualidad se usan. Los resultados obtenidos hasta ahora son de tal clase, que merecen bien la pena de conocerlos mas detalladamente. En todas las máquinas construidas anteriormente se verificaba en el momento en que se interrumpía la corriente una pérdida de fuerza por efecto de una corriente secundaria y dirigida por el lado opuesto, y esta era la causa por qué todas estas máquinas no permitían se les pudiese aplicar en la práctica. En lugar de seguir Page en el camino hasta aquí tomado, lo abandonó completamente, entrando en una senda enteramente nueva á la cual debe sus resultados obtenidos. Es sabido que se sujeta una barra de hierro dentro de una fuerte espiral cuyos extremos se hallan unidos á los polos de una pila galvánica, siempre que el eje de la espiral se halla colocado verticalmente, y que la barra, aunque se la saque con la mano de la espiral, vuelve á retroceder tan luego como se la suelte. Este es el principio que ha observado Page en la construcción de su máquina. Si se emplea una sola espiral, entonces no será la fuerza siempre constante en cada punto del movimiento; pero así que se empieza una serie de espirales sueltas por medio de las cuales se dirige poco á poco la corriente, entonces se mueve la barra de metal por todo el sistema con gran celeridad hacia adelante y atrás, en cuya consecuencia se obtiene un movimiento de ida y venida que puede propagarse. Los ensayos de Page no se han verificado solo en la mesa del laboratorio; pues aunque principió muy en pequeño, trabajó sin embargo muy pronto con masas de hierro que pesaban 300 libras, teniendo las espirales el doble peso de aquellas. Los felices resultados le permitieron alcanzar una fuerza cada vez mayor, resultando de aquí que el valor de la fuerza era siempre menor. Estos progresos en la senda de lo bueno no pudieron obtenerse sino muy despacio como es natural, reflexionando cuántas cuestiones debían antes resolverse, máxime cuando Page, ocupado de continuo en los asuntos de su empleo, solamente podía dedicarse las horas de noche á estos ensayos, á los cuales tenía siempre mas apego á medida que prometían mayores resultados. Una de sus primeras máquinas empleó para mover una sierra circular de 30 pulgadas de diámetro, el torno y la piedra de amolar, cuyas tres operaciones ejecutaba la máquina simultáneamente. En cuanto al valor de la fuerza, que, como hemos dicho ya mas arriba, disminuye á medida que el tamaño de la máquina aumenta, importa aquel según los datos del mismo Page en la fuerza de un caballo durante 24 horas 20 centésimos. Sin embargo, en este cálculo se han evaluado demasiado altos los valores del zinc, según indica Johnson, por cuya razón sería mas exacto tasarlos en 10 centésimos. No podía faltar que estos ensayos hiciesen gran sensación en la América del Norte, máxime cuando Page los verificaba á la vista de toda la nación y no las envolvía en un secreto impenetrable. A todo el mundo estaba permitida la entrada en su laboratorio y taller, y hasta hizo varias veces experimentos con sus máquinas. Se cree allí generalmente haber llegado al principio de una nueva era en las ciencias que promoviera una revolución completa de la vida social y de la actividad fabril, que al hom-

bre ordinario parece tan enigmática como aquella que ha producido las máquinas de vapor y el telégrafo eléctrico. Llenos están los periódicos americanos de anuncios de nuevas invenciones sobre el particular, que todas han de ser aun mas completas, pero á las cuales no se puede dar entero crédito. Particularmente se distingue un señor Bland de San Luis, que prueba hasta con cálculos el que su descubrimiento sobrepuja en mucho al del profesor Page. Reconociendo el gobierno de los Estados Unidos la importancia de los resultados obtenidos, se interesó en este asunto, y así es que logró Page armar una locomotora de fuerza de 10 caballos, con la cual ha hecho ya ensayos en el ferro-carril de Baltimore, que sin embargo no han aleanzado hasta ahora sino una velocidad de 3,47 millas alemanas (unas 5 leguas españolas) por hora. La máquina pesa unos 207 quintales y tiene ruedas motrices de 5 pies de diámetro con dos de elevación. Page opina que su invención proporcionaría las mayores ventajas principalmente á la navegacion, por cuya razón se ocupa en construir un buque magnético de fuerza de 100 caballos, y los ensayos que

nos sirven de fundamento el buque de vapor, las locomotoras y el telégrafo electro-magnético. Estando el principio bien sentado y fundado, entonces rápidamente se obtienen mejoras.

EL BUQUE SUBMARINO Ó DE BUZO Y SU APLICACION Á LA GUERRA MARÍTIMA.—Los grandes tesoros de muchos miles de buques naufragados que yacen en el fondo del mar, han escitado poderosamente hace siglos el espíritu investigador del hombre para inventar aparatos con que sacar á la luz del día las cosas sumergidas. Según indica Aristóteles, habian algunos famosos nadadores llevado ya en su tiempo á un alto grado de perfeccion el arte de sumergirse. Estos, no solo servian para la busca de las perlas, sino tambien en los sitios y combates marítimos para atraer con ganchos de hierro á los buques enemigos ó destruir sus bastiones. La invención de la campana de buzo, que aconteció muy probablemente á principios del siglo XVII, permitió sacar del fondo del mar fardos mayores y mas pesados, arrancar áncoras enclavadas, ó reconocer el fondo del agua con el fin de construir obras náuticas.

La máquina que ahora mas generalmente se emplea para este objeto es un instrumento hueco á manera de campana, de seis á ocho piés de altura, abierto por la parte de abajo, teniendo por la superior cristales lenticulares para su iluminacion y que se traslada en un buque al sitio de su destino, y atado con fuertes cadenas y tripulado generalmente con dos personas se hunde en la profundidad. Desde arriba se introduce el aire fresco en el buzo por medio de una máquina pneumática de compresion, lo cual impide al mismo tiempo el que el agua suba en la campana. Con semejante aparato construido según el sistema de Triewald, han sido puestos en tiempos recientes los cimientos para muelles y murallas de puertos, en una profundidad de 34 piés, y se han vuelto á traer á la superficie del agua muchos cañones enterrados en el cieno del mar. Sin embargo, la mejor campana de buzo queda siempre un instrumento muy torpe que su buque de transporte solo puede remolcar en una distancia muy corta y con la mayor precaucion por el fondo del mar. Además se hallan los hombres en la campana espuestos á los mayores peligros, como v. g. al rompimiento de las cadenas, y obligados á trabajar de continuo con los piés en el agua fria, siempre que la máquina sumergida haya encontrado el verdadero sitio de los trabajos, lo cual va siempre acompañado de muchas dificultades preliminares. ¿Cuántas ventajas en cambio no proporcionaría un buque, con el cual se pudiera á su antojo bajar á la profundidad, y después andar aquí en todas direcciones? Suponiendo que un semejante buque, aunque armado de una corta tripulacion, pudiera permanecer dos ó tres horas en el mar, y cambiar por medio de la espulsion de agua, y por la produccion del vacío su peso exactamente calculado, ¿qué perspectiva interesante no abriría la solución de este problema á las ciencias naturales, á la pesca de perlas, á varios objetos náuticos, y final y particularmente á la táctica de mar? Por esta razon hemos creído que, para todos los que, escitados por las escasas noticias periodísticas, han buscado en vano un compendio de la historia de la náutica submarina, podia ser agradable tener un resumen cronológico de los ensayos que se han hecho hasta aquí con el fin de hacer navegables las profundidades del Océano.

Prescindiendo de algunos relatos fabulosos de tiempos remotos, el americano Bushnel ha sido el primero que ha construido un buque submarino ó de buzo. Pero los ensayos que se hicieron en 1776 en el Delaware para emplear á aquel como máquina infernal submarina, no tuvieron ningun resultado satisfactorio. El mismo éxito tuvieron otros ensayos que bajo la direccion del almirante Bushnel se practicaron al año siguiente en la costa de Inglaterra. Mayores fueron los que obtuvo 20 años después el célebre Tulton, que hizo en París una serie de ensayos con buques y minas submarinas, siendo sus esfuerzos coronados por último con un gran éxito. Habien-



con este deben verificarse ofrecerán el medio mas seguro de dar los resultados finales sobre toda la invención. No debemos por lo tanto perder aun toda esperanza de un éxito feliz, por mas que hasta ahora no se han vencido todavia todas las dificultades. Quisiéramos comparar v. g. el buque de vapor de Tulton con la moderna construcción de estos: mal saldria aquel librado en la comparacion. Y sin embargo, ¿quién se hubiera atrevido á decir que en vista de los resultados limitados de Tulton se habian de abandonar todos los esfuerzos para utilizar el vapor como fuerza motriz de los buques, ó que no debemos agradecerle su actividad é inteligencia empleadas en promover los adelantos en la navegacion por vapores, de que ahora disfrutamos? Asimismo nos sentimos animados, si comparamos las primeras máquinas de vapor de Savary y Newkomm con las del día. Bien pasaron casi 100 años hasta que diera Jacobo Wati el primer paso en la brillante carrera que inmortalizó su nombre. Mas en vista de la altura en que se hallan hoy dia las ciencias, podemos esperar de seguro una rápida perfeccion de la invención de Page, para cuyo aserto

dosele sin embargo acabado sus recursos para poder seguir estos costosos experimentos, se dirigió al directorio en solicitud de auxilios, cuya súplica fué remitida al ministro de la Guerra á informe. Este declaró que todo el proyecto era una quimera, y negó á este todo apoyo. No desanimóse por esto Tulton; construyó un bonito modelo de su buque submarino y lo envió al directorio. Esta vez resultó una contestación mas favorable, y se nombró una comisión que debía examinar la invención. A pesar de que esta comisión dió un informe favorable sobre los ensayos verificados, se comunicó sin embargo á Tulton la inesperada resolución de que el ministro de Marina no se hallaba conforme con su proyecto. Igual suerte cupo á un tal Reveroni que en la misma época formó el mismo proyecto. El buque submarino construido por el plan de este tenía la particularidad de que sobresalía de la cubierta un mortero colocado verticalmente, cuyos proyectiles habian de desgarrar desde abajo los costados del buque enemigo. Fácilmente se reconoceria lo impracticable de semejante clase de máquina infernal.

Volamos á Tulton, el cual habia pasado entre tanto en él tres años de infructuosos afanes y solicitudes. Desatendido del gobierno francés, se habia dirigido con sus proposiciones á la república bávara, y experimentó aquí la misma suerte que en Francia. Sin embargo, con el auxilio del embajador americano en París, Mr. Barloco, fué dado al enérgico Tulton proseguir en sus trabajos y ensayos. Napoleón, nombrado en aquel tiempo cónsul perpétuo, fijó por último su atención en el americano, y mandó á Volney, Monge y Laplace le informasen sobre la invención de aquel. Habiendo sido favorable este informe, recibió el ingenioso americano una cantidad considerable para construir un gran buque submarino, á cuya construcción se procedió desde luego en el Havre; pero desgraciadamente no tenemos sino noticias muy escasas con respecto á aquella obra. El buque estaba enteramente forrado de cobre; por lastre tenía agua, la cual podía sacarse por medio de grandes cilindros de hierro y de una bomba de presión cuando se quería subir en el agua. Para mover el buque servian tornillos ó husillos colocados horizontalmente, mientras que otro vertical aplicado sobre la cubierta facilitaba el que el buque se hundiera hasta la mayor profundidad sin necesidad de aumentar el lastre (1). En los puertos del Havre y de Rouen se hicieron ensayos con este buque submarino, el que sin embargo presentó aun considerables defectos en su máquina. Después de remediar estos, tuvieron algunas pruebas hechas ulteriormente en Brest un mejor resultado. En una de estas se sumergió Tulton hasta una profundidad de 60 pies; quedó 20 minutos debajo del agua, volvió á aparecer á mucha distancia del punto de donde habia bajado, y llegó por fin otra vez al sitio del cual habia partido. El 17 de agosto de 1801 permaneció cuatro horas debajo del agua, y volvió á presentarse á la vista en una distancia de cinco leguas del punto de partida. El mismo resultado feliz tuvieron los grandiosos ensayos practicados con el buque submarino llamado *el Nautilus* para hacer volar una mina. Los proyectiles huecos empleados en estos ensayos, que el mismo Tulton inventó y llamó torpedos y torpillones, fueron de efecto tan extraordinario, que una lancha anclada á 300 pasos de aquel buque reventó al primer tiro. Este ensayo, que llamó en Brest la atención universal, tuvo lugar en presencia del almirante Villaret y de una gran multitud. Desgraciadamente no se realizaron las esperanzas que esta nueva invención habia hecho concebir después de haber obtenido un resultado tan feliz, pues durante todo aquel tiempo ni una sola embarcación enemiga se presentó tan inmediata á la costa que se hubiera podido hacer uso del *Nautilus*. De mal humor por las cuantiosas sumas empleadas inútilmente en esta empresa, mandó el primer cónsul notificar á Tulton que el gobierno no le podia facilitar en lo sucesivo mas auxilios. Con esto se desvanecieron para siempre las esperanzas que el ingenioso constructor de máquinas habia fundado en la Francia para ver realizados sus proyectos, y entonces dirigió su vista hácia la Inglaterra. En Londres se habia prestado ya hacia tiempo la mayor atención á los trabajos que se hacian en el Havre: el mismo lord Stanhope habia hablado en el parlamento con énfasis de ellos, y se habia formado una sociedad de particulares con el objeto de vigilar todo lo que en Francia se emprendia en este asunto, y de hacer en todo lo posible inofensiva para la Inglaterra cualquiera tentativa de esta naturaleza. Un informe que tuvo su origen en esta fuente, dió motivo al ministro lord Sydney para enviar un agente á Tulton para ofrecer al inventor de los torpedos 15,000 dolars para que se trasladase á Inglaterra. Logróse este plan, y pronto tuvo la Francia en contra suya á las armas despreciadas del americano. El 10 de octubre de 1805 la armada francesa, anclada en el puerto de Boulogne, habia de ser aniquilada por medio de los torpedos de dos buques submarinos. Estos, sin embargo, no supieron orientarse en la noche oscura, y trataron en vano de llegar bajo el agua á los costados de los buques enemigos, reventando enjambres enteros de cohetes submarinos, sin ocasionar gran daño. Aunque los ensayos hechos ulteriormente en el Támesis atestiguaron de un modo brillante lo práctico de la invención de Tulton, sin embargo, el gobierno inglés, en vista de la primera empresa frustrada, se vió autorizado á negarse á las reclamaciones posteriores del inventor. No obstante, se le hicieron bajo la mano proposiciones de comprarle su secreto con la condicion de no hacer ningun uso propio de él en lo sucesivo. Por el interés de su patria rechazó este ofrecimiento, y se embarcó para los Estados-Unidos en octubre de 1806. Desde este período parece que puso todo su afán en perfeccionar el buque de vapor, inventado por el marqués de Jouffray, en lo cual alcanzó tal éxito, segun es sabido, que su nombre eclipsó casi enteramente al del verdadero inventor. Lo único que se refiere es que se hicieron aun en el año de 1806 en Walmen algunos ensayos con los torpedos y el buque submarino, obteniendo en ello tal resultado, que el congreso americano concedió la suma de 5000 dolars para continuar los experimentos de esta clase. Sea lo que fuere, el caso es que el genio de Tulton fué el que abrió el primer camino en el dificultoso terreno de las minas y la navegacion submarinas, y que los buques-buzos que en la actualidad se han presentado en los puertos de mar de Francia se hallan construi-

dos bajo los mismos principios que aquel *Nautilus* del americano.

No podia faltar que á pesar de los grandiosos acontecimientos militares de aquel tiempo, muchas personas inteligentes de Alemania se sintiesen animadas por la oscura noticia de los trabajos de Tulton á emprender una tarea semejante.

El que mas se distinguió en el particular fué el sabio profesor Zachariae, en Roszleben, que en el año de 1807 formó el proyecto de una campana de buzo movable, y á la cual se podia dar direccion, cuyo proyecto sin embargo, á pesar de hallarse bien fundado en principios científicos, nunca ha podido realizarse por desgracia.

Los malogrados ensayos que con máquinas infernales submarinas hicieron Perisot y Paischans en los años 1810 y 1811 hubieran quizás tenido un mejor resultado, si ante todo hubieran sido calculados con la profundidad científica de aquellos matemáticos alemanes. ¿Y qué ventaja práctica podia tambien proporcionar un buque de mina submarino construido por el sistema de Perisot, cuando necesitaba la presión del buque enemigo para su explosion? El mismo buque submarino, aunque hubiera estado tripulado, habria andado frecuentemente errando sin fruto, y difícilmente se le hubiera podido dar direccion, cuanto mas un brulote sin tripulacion, pues este nunca ha tenido buen resultado, segun nos enseña la historia de la guerra.

En el año de 1821 se construyó en los astilleros del Támesis un buque submarino con un fin muy particular. Un hombre llamado Johnson, que antes habia sido capitán de un buque contrabandista, movido por la promesa de una grandiosa recompensa, habia formado el atrevido plan de arrebatar á Napoleon de Santa Elena, y pensaba con este fin burlar la vigilancia de los cruceros ingleses, valiéndose para ello de un buque submarino. Pero cuando el buque estaba casi concluido, llamó la particularidad de su construcción la atención del gobierno, de modo que este cayó en sospechas y mandó confiscar el buque. La muerte de Napoleon, acaecida á poco tiempo, frustró cualquier empresa ulterior de esta clase por parte del decidido aventurero Johnson, al cual, sea dicho de paso, se habia prometido una recompensa de 40,000 libras esterlinas para el dia en que se diera en vela con su buque para Santa Elena.

Los progresos que desde entonces se han hecho en la construcción de máquinas, en el conocimiento de las corrientes del mar y en el tecnicismo de la construcción de buques, avivaron nuevamente en los últimos años la esperanza de poder resolver completamente el problema de los buques submarinos. El que parece haberse aproximado mas á ello es el francés Alexandré, con cuyo bote se hicieron ensayos el 5 de marzo de 1850 en el puerto militar de Brooklyn, cerca de Nueva York. El inventor y dos compañeros mas se sumergieron en esta ocasion á una profundidad de 50 pies. Un pequeño telégrafo eléctrico en la superficie del agua mantenía la comunicacion del buque con el comodoro Salter, el que en union con los hombres mas importantes de la marina nord-americana se habia presentado para examinar é informar sobre esta empresa. Por orden suya subió de la profundidad el buque poco á poco, y habiéndose repetido este ensayo varias veces con el mismo éxito, no puede disputarsele á Alexandré el mérito de haber vencido felizmente la principal dificultad en el problema de los buques submarinos, es decir, la subida y bajada arbitrarias de un buque que se mueve debajo del agua. Su buque tiene la forma de un huevo, 30 pies de longitud con 10 de anchura en el centro; está compuesto de planchas de hierro, y contiene para dar luz á los dos departamentos en que se divide dos fuertes cristales lenticulares en la cubierta. En el camarote hay un aparato para la formacion del gas oxígeno y la corriente del aire con el fin de reproducir rápidamente el aire consumido, en vista de que no contiene ninguna otra comunicacion con el aire atmosférico por medio de tubos etc.; en el otro espacio está la maquinaria. Un solo hombre puede poner en movimiento á todo el aparato de la bomba, y además dirigir el timon. Seis hombres pueden permanecer varias horas sin incomodidad en el bote. Esto es todo lo que, después de rebajar la parte increíble, puede referirse sobre la invención de Alexandré, siguiendo las pomposas noticias de los periódicos de los Estados-Unidos.

Un ensayo semejante, que al año siguiente, 1.º de febrero, se hizo en Kiel con el buque submarino del artillero Bauer no tuvo un resultado tan feliz. La intencion era destruir con un buque que tenia petardos submarinos la escuadra dinamarquesa que se hallaba anclada en Sundesvitt; pero después de concluidos todos los preparativos, sobrevino una helada, la que obligó á la escuadra danesa á ganar el alta mar. El buque de Bauer tenia poco mas ó menos la figura de un yate, y en la popa un tornillo para el movimiento horizontal. En la proa habia una especie de tubo con ventanas redondas, y una apertura donde entraba y salia la tripulacion. Además contenia guantes de gutapercha, con los cuales pegaba el que dirigia el buque los toneles de polvora que se tenia preparados para la explosion y encendia estos por medio de una pila voltaica. Las paredes del buque eran de planchas de hierro colado; sin embargo, estas, como tambien la máquina hidráulica, no parecian haber sido lo suficientemente fuertes. La culpa de esto la echaba el constructor á los escasos recursos, que negados por la regencia, habian sido reunidos por suscripción en el ejército de Schleswig. Al hacerse la prueba no pudo el buque sumergido volverse á subir, como lo temia su inventor, y fué bajando aun 15 pies mas hasta que llegó al fondo. Una abertura que al mismo tiempo se habia formado en la parte inferior amenazó la vida de Bauer y de las dos personas que le acompañaban; pero esta circunstancia los salvó, pues el aire cada vez mas comprimido por el agua que penetraba, ayudó á abrir la lumbrera de arriba, en cuya consecuencia fueron arrojados como un pedazo de corcho á la superficie del agua, y salvados de este modo los tres que se creian ya perdidos. El buque submarino de 70,000 libras de peso no pudo ser sacado por mas esfuerzos que se hicieron, y descansa aun en el fondo del puerto de Kiel. Bauer se dirigió después con su invención á la comision de marina austriaca en Trieste, pero parece que esta no secundará sus afanes.

Segun noticias de Burdeos, ha creado recientemente el doctor Payerne, no solo un buque, sino hasta un vapor sub-

marino. En octubre de 1852 presentóse este buque al ministro de Marina, y su inventor se obligó á pasar el canal y á desembarcar en cualquier punto de la costa inglesa que se le indicara. Esta noticia, dada por los periódicos, bien necesitaba semejante buque ha de prestar, debiendo su humeante chimenea descubrir siempre su oculta aproximacion, y además no se sabe cómo se ha de reemplazar bajo el agua la gran cantidad de gas oxígeno que por el fuego se consume. Mas bien podia pensarse en la aplicacion de la máquina de aire de Ericson con motivo de la propulsion de los buques submarinos, aunque este proceder motivaria á la verdad considerables dimensiones del cuerpo del buque. Si se logra pronto, segun todas las apariencias, emplear la fuerza electro-magnética para mover las máquinas, podrá hacer uso de aquella para el objeto en cuestion. Con todo no esperamos, aunque poseamos semejantes buques, el poder hacer grandes y científicos viajes de descubrimiento para reconocer el fondo del mar y examinar la corriente en las diferentes alturas del Océano, ni emprender expediciones en busca de bancos de perlas ó de sumergidas armadas de plata. La presión del agua, que aumenta á medida de la profundidad, y la falta de instrumentos de orientacion que pudieran emplearse en lo profundo del mar, ponen ya desde el principio límites muy reducidos á la aplicacion de cualquier buque submarino, por mas perfecta que sea su construcción. Para revisar los alambres del telégrafo submarino, y en todas las ocasiones en que pueda usarse la campana de buzo, prestará muy buenos servicios un buque submarino tripulado. En cambio un buque semejante podrá emplearse con provecho en un combate naval, siempre que su uso reemplace al de los brulotes. En este caso ofrecen los ataques con buques submarinos la ventaja sobre los brulotes ordinarios, que primero pueden emprenderse igualmente de dia ó de noche, y luego que no hay medio de ir al encuentro del enemigo que se acerca por debajo del agua, y que por último el buque submarino pierde en semejantes expediciones únicamente las minas ó aparatos necesarios para la explosion, mientras que el brulote se consume por su propio fuego mientras ejerce su efecto. Con respecto á las minas submarinas, estas han sufrido desde el tiempo de Tulton una considerable perfeccion con los ensayos de Paischans, del coronel Pasley (1839 y 1840) y del ingeniero Nasmyth, y bien podria suceder que su uso combinado con los buques que navegan debajo del agua promoviera algunas modificaciones en la táctica naval que hasta aqui se ha seguido, v. g. el empleo mas general de los buques de vapor de guerra.

NEVA ESTRELLA.—En el observatorio de Nápoles ha descubierto De Gasparis en 5 de abril en la constelacion del León una estrella del grandor número 12, que en la noche siguiente y en vista de lo que en el entre tanto habia adelantado, reconoció ser un nuevo planeta. Este descubrimiento es debido á la circunstancia de que De Gasparis habia notado en el mes de abril de 1851 una estrella del grandor número 12 muy cerca del sitio del nuevamente descubierto planeta, pero la que despues desapareció, por cuya razon reconoció con la mayor atencion las estrellas inmediatas. Aun no se le ha puesto nombre alguno.

DESCUBRIMIENTO DE LAS TUMBAS DEL APIS EN SACCARA EN EL EGIPTO.—El haber hallado estas tumbas con sus magníficos sarcófagos, es quizás el mayor descubrimiento en el dominio de la antigüedad del Egipto que desde el tiempo del emprendedor Belzoni se ha hecho. Fueron descubiertas en el desierto y en las inmediaciones de Saccara por la parte Nordoeste y próximas á las Pirámides, á unas cuatro ó cinco leguas del Cairo pasando por Zoura, en cuyo último punto tiene que atravesarse el Nilo. Débese este descubrimiento á la erudicion y las esmeradas investigaciones del francés Mariette. Una cita de Estrabon le habia inducido á la consecuencia de que una fila de Esfinges conducia al templo del Serapis, y principia hace dos años y medio, y bajo la salvaguardia de un firmán del virey de Egipto, sus investigaciones en las colinas de arena movediza de Saccara. Descubrió una doble fila de Esfinges, habiendo el señor Marucchi hallado ya en 1832 á una de estas últimas; pero como estas no corrían en direccion recta, sino que se inclinaban de repente hácia un lado y la entrada del Serapio, solo pudieron en su consecuencia encontrarse con la mayor dificultad. Eran en número de ciento cuarenta, y distaban diez y seis pies la una de la otra, midiendo toda la galería de las Esfinges una longitud de mil ciento veinte pies. En el extremo de la misma se hallaban colocadas las estatuas de Homero, Píndaro, Solon, Licurgo, Aristóteles y de otros autores, poetas y legisladores de la Grecia. Una Esfinge en la cual se hallaba grabado el nombre de Apis, solo pudo encontrarse en una profundidad de sesenta á setenta pies en la arena; tambien se descubrieron pavos reales de piedra de nueve pies de altura y leones colosales. Las investigaciones mas escrupulosas se hicieron para hallar la tumba del Apis, del buey sagrado y adorado en Memphis (que segun muriera ó fuera matado se enterraba solemnemente en el Serapio ó en secreto), lo cual se logró al cabo de un trabajo de un año el 12 de noviembre de 1851. Desde la galería de las Esfinges conducia una mastaba ó un banco y un pasaje de unos doscientos pies de longitud á la cueva de las columnas que formaba la entrada del templo. La tumba arriba indicada tiene una direccion de Sur á Norte, y la gran galería de Este á Oeste, teniendo esta última una longitud de mas de quinientas veinte varas con cuatro á cinco de anchura. Segun puede verse por el plano, las cámaras mortuorias no seguían en toda la longitud de la gran galería, y habia pasillos que ni siquiera las tenían. Las inscripciones jeroglíficas son en parte incompletas, en parte del todo ininteligibles; las puertas de las entradas son demasiado estrechas para que hubieran podido permitir el paso á los sarcófagos, y deben por lo tanto haberse hecho después de haber sido introducidos estos. Las cámaras no se hallan frente la una de la otra, sino mas bien alternando segun esta costumbre en los cementerios egipcios. El aspecto de esta larga galería cuando está alumbrada por numerosas hachas de viento, y los lejanos objetos se pierdan en la oscuridad, los sarcófagos de granito macizo y pulido, teniendo cada uno su cámara correspondiente: en fin, todo el conjunto rodeado del solemne silencio que reina aquí, causa una impresion particular. Los sarcófagos son de un tamaño y peso considerables; el uno, y no el mas pesado por cierto, ha sido tasado en mas de mil doscientos quintales inclusa la tapa. Para haberlos

(1) Esta aplicacion del tornillo ó husillo para el movimiento horizontal y vertical fué indicada ya en 1777 por Bushnel.

podido trasladar al sitio donde estaban destinados, han tenido que emplearse indispensablemente medios mecánicos auxiliares, y un inmenso desarrollo de fuerzas. En las paredes se hallan aplicados agujeros probablemente para introducir en ellas vigas. Las cámaras habrán estado quizás llenas de arena, y los sarcófagos habrán sido introducidos en ellas á empujones y se habrán ido hundiendo á medida de que se quitara la arena. La parte inferior de uno de estos sarcófagos estaba repleta de arena, y este descansaba en ambos lados sobre tajos de madera; así que se quitaban estos, se podía poner al sarcófago con la mano en un movimiento ondulante. Por el centro de toda la galería corría un canal de unos dos pies de anchura con dos ó tres pulgadas de profundidad. Inmediato á las tumbas se encontró una palanca de madera que probablemente había servido para el transporte de las piedras. La entrada era algo pendiente. Las tumbas están cavadas en una blanda piedra caliza de fácil descomposición, que contiene numerosas vetas de yeso de media pulgada de ancho. Para evitar el que las paredes se descascarasen, se las había cubierto de lasas unidas entre sí por una argamasa de yeso; pero sea por efecto del tiempo ó de cualquier otra causa, el caso es que aquellas yacían amontonadas y arruinadas en el suelo de las cámaras y de la galería. La argamasa se había conservado en varias partes de la pared, y sobresalía en aquellas donde habían existido las juntas de las losas. En una cámara se hallaba un arco sin soportes, una nueva prueba si aun se necesitaban para demostrar que esta clase de construcciones ya era conocida de los antiguos. Esta misma cámara contenía un pequeño sarcófago, en el cual se hallaban sin duda encerrados los huesos de un buey joven. En varios sarcófagos se encontraron los huesos de bueyes, pero todos habían sido abiertos y hasta algunos llenos de piedras, lo que da indicios del desprecio de los pueblos meridionales hacia estas costumbres, y puede ser obra quizás de los persas. En la entrada había numerosas ofrendas con tablas inscritas sobre estrechos nichos en la pared. Igualmente se descubrieron en las entradas y en la puerta exterior inscripciones en caracteres demótico. En algunas cámaras se hallaban espaciosos nichos á la derecha é izquierda de la tumba, conteniendo uno de estos una gran losa de granito con jeroglíficos. El número de los sarcófagos ya descubiertos asciende á veinticinco. Estas tumbas merecen ser visitadas por todos los arqueólogos, y en general por todos los que viajen en el Egipto, y todos los inteligentes esperan con impaciencia la publicación de la obra que Mariette compone relativamente á estos descubrimientos. Hakekian bey ha mandado verificar escavaciones en union con investigaciones geológicas del valle del Nilo en Saccara inmediata á Menfis, cuyos trabajos han sido promovidos por M. Leonardo Homer y la sociedad geológica de Londres, habiendo obtenido este señor últimamente del gobierno inglés un documento en acción de gracias por el apoyo que ha prestado tan decididamente á esta empresa, y en el interés de las ciencias.

TINTE DE LA SEDA.—Un caballero llamado Roulin ha hecho con el mejor éxito ensayos para teñir la seda ya en los capullos, mezclando el añil y mas tarde sustancias que tienen de encarnado, entre las hojas de la morera con que mantenía á los gusanos de seda en el tiempo antes de su formación en crisálidas. Ha obtenido en efecto por este medio capullos azules y encarnados.

LAVA FUSIBLE.—Ahora que ha pasado la moda del asfalto se ha dado á luz actualmente en París una semejanza, pero mejor producción, á que se ha dado el nombre de *Lava fusible*, y de la cual se cuentan cosas extraordinarias, pero sin dar datos exactos sobre su composición. Esta masa maravillosa ó bien que puede servir al mismo tiempo de material plástico y de empedrado de las calles. Ni el agua ni el aire influyen sobre esta lava, y huyen de ella la putrefacción y el salitre en los edificios. ¿Y por qué no? ¿Sería imposible componer una sustancia que, hecha fusible en un horno portátil bajo un grado bastante elevado de calórico, adquiriese y conservase una estructura vítrea y al mismo tiempo flexible?

MISCELANEA.

En Edimburgo se festejó á la Mr. Harriet Beecher Stowe, autora de *La cabaña del tío Tomás*, con un espléndido banquete, en cuya ocasion se la entregó para el uso que mejor le pareciera la cantidad de 1000 soberanos flamantes, fruto de una suscripción á penny (unos dos y medio cuartos) que en toda la Escocia se había formado al efecto.

EL TERREMOTO DE MAR Y DE TIERRA EN EL ARCHIPIÉLAGO INDIANO EN NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1852.—De poco tiempo á esta parte ha llamado un fenómeno en las Molucas la atención sobre sí de un modo extraordinario, y es un terremoto de tierra y mar, que ha tenido lugar el 26 de noviembre del año próximo pasado, según consta de un escrito del presidente de la isla Banda dirigido al gobernador de Batavia. A los diez minutos antes de las ocho de la mañana se notaron los primeros sacudimientos, que fueron primeramente verticales, siguiéndose al instante una conmoción contraria, que puso á la tierra en un movimiento ondulante en dirección de N. E. á S. O. y que duró mas de cinco minutos. Inposibilitados los habitantes de mantenerse en pié, huyeron á gatas, para no ser sepultados bajo las ruinas de sus casas que se desplomaban. Un gran número de casas se hundió; los almacenes del gobierno, la iglesia, las habitaciones de los oficiales y los cuarteles, ó se desplomaron del todo, ó adquirieron tales hendiduras que no podían habitarse sin gran exposición. El Campong chino y el barrio malayo, llamado Zonnegat, fueron completamente destruidos. El pequeño cerro, el Papembeg, se ha hundido en parte, y con él el asta de la bandera y las casas que allí había.

En Groot-Banda no fué menos terrible el terremoto, pues aquí tambien se destruyeron y sepultaron todos los plantíos y las casas. Los distritos que mas han padecido son los de Lonthoer y Selasmoe. Al cabo de un cuarto de hora parecía restablecida la calma, cuando de repente principiaba el mar á continuar la obra de destrucción que había comenzado en la tierra. Un horroroso remolino que duró hasta las diez y redoblaba cada vez mas su furor, inundó tres veces á las islas Banda y Banda-Neira, echando á tierra y arrastrando consigo en su reflujó todo cuanto del terremoto se había conservado.

El mar inundó á la ciudad y llegó hasta las inmediaciones del mismo cerro, donde se halla construido el fuerte de Bélgica, y el reflujó se hizo con una rapidez tal, que el suelo quedaba cada vez sembrado de peces. Los habitantes se habían escapado á las alturas, donde construyeron cabañas de follaje y ramas á fin de resguardar contra el sol de los trópicos á sus mugeres é hijos. Según las observaciones hechas á bordo del bergantin de guerra *Haai* por su capitán de Roemer, varió el nivel del mar en veintiseis piés. El buque mercante *Atiat-al-Rachman*, su capitán Lunel, que estaba cargado de arroz, tocó dos veces el fondo, y el mar pasó por encima de él con cinco toesas de altura. En la rada había treinta y seis buques de las islas Keij, Cerami y Saaro, que juntos tenían unos seiscientos trece hombres á bordo, y que en parte se fueron á pique y en parte se ladearon y chocaron unos contra otros; uno de los mayores buques fué arrojado sobre los árboles, y otro, como igualmente la chalupa del bergantin *Requin*, fueron lanzados por encima de las murallas del fuerte Nassau, donde mas tarde se hallaron dispersos muchos restos de estos buques. Los desgraciados que habían tratado de resguardarse contra la inundación acogiéndose debajo del techo de la plaza del embarcadero, fueron arrastrados con el reflujó del mar. Aquí perecieron sesenta personas, y por la tarde de este mismo día se hallaron aun varios cadáveres en la llanura. Nadie es capaz de pintar la consternación y aflicción de la desdichada población, que sin hogar ni manutención, y privada de todo, no sabía cuándo acabaría este terrible diluvio universal, pues en las veinticuatro horas que duraron estos acontecimientos, se siguieron uno á otro quince sacudimientos acompañados de lejano trueno y sordos golpes.

El 27 de noviembre estuvo el mar mas tranquilo; pero era del todo imposible permanecer en la ciudad á causa de la evaporación de los cadáveres, del lado y de otros escrementos, que el mar había arrojado ó dejado en la tierra. Desde luego se tomaron las medidas mas oportunas para remediar todos estos inconvenientes.

Una segunda carta del 25 de diciembre ha traído la noticia de un nuevo terremoto, que se ha repetido el 23 del mismo mes y en el mismo pueblo. Tuvo lugar á las ocho de la noche, y repitió al día siguiente á las cinco de la tarde; de suerte que los pocos edificios de la ciudad que se habían conservado se hundieron igualmente. Los plantíos de especies de *Kelie* y *Noorwegin*, los únicos que no habían sufrido daño alguno, fueron completamente destruidos, y se desplomaron de nuevo los tinglados apenas recompuestos, debajo de los cuales se saca la flor de la nuez moscada. En este día arrojó tambien el volcan lava y piedras.

Una gran cantidad de buques en el puerto y la costa de Céram, asimismo varios otros anclados delante de Garam, fueron en union con las habitaciones de la corte aniquilados ó sumergidos. Un sin número de personas han perdido la vida á consecuencia de esta desgracia marítima, y el número de los buques hundidos ó estrellados ascendía á cuatrocientos.

Simultáneamente se ha sabido por una carta del presidente de Ternate que el mismo terremoto ha tenido lugar tambien en Batjan en los días 25, 26, 27 y 28 de noviembre. Se notaron el día 25 tres sacudimientos, el 26 uno, el 27 tres, y el 28 uno.

Con muy pocas variaciones se ha experimentado este mismo acontecimiento en Amboina, Saparona, Haroiskou, Tioso, Honlialo, Oma, Wasson, asimismo en Ameth, Akaon y Leniton, cuyos últimos pueblos pertenecen á la isla Naussau Laut.

En Batavia se notó en la noche del 21 de diciembre igualmente un repentino sacudimiento de tierra. El 18 de enero se hundió sin causa visible una parte del cerro Kraivang, situado cerca de Batavia, y varias personas fueron víctimas de esta nueva desgracia.

Estos últimos detalles espantosos sobre las extraordinarias convulsiones de la tierra, que han hundido y destruido á la mitad de las habitaciones de las islas Molucas, son extractos de cartas de Batavia, á que podemos por fidedignas dar entero crédito.

El presidente de Batavia, á quien se debe una parte de estas tristes nuevas, el señor de Rees, es el amparo y la providencia de los desgraciados de aquel país, y solo piensa en hacer lo menos sensible las consecuencias de la terrible plaga que desola al archipiélago indiano.

ESTADO DE LA WOJWODINA.

Aunque por fortuna ha terminado la crisis que parecía amenazar hace tiempo al imperio austriaco con un completo rompimiento, todavia existen algunas chispas ó puntos encendidos que consumiendo poco á poco la masa del imperio, no se apagarán hasta que no sea una verdad la libertad é igualdad de nacionalismo. Uno de estos cánceres era la Wojwodina, en la que los sérvios, particularmente los empleados, cometen todo género de crímenes y tropelías contra los magiares y contra los alemanes mismos, aunque no es tanto el odio de raza como la envidia que los tienen. Así es que no sacando los labradores sérvios por su dejadez y holgazanería mas que un corto beneficio de sus bienes, presentan casi todas sus aldeas un aspecto de pobreza y de miseria espantoso, mientras que vemos en un estado floreciente las posadas y aldeas de los activos y laboriosos suabos, no pasándose apenas un año sin que el labrador suabo compre á un sérvio vecino algunas tierras para aumentar su hacienda.

Desde que se formó la Wojwodina peligró mas que nunca la seguridad de vidas y haciendas, y el robo y el asesinato estaban á la órden del día. Lo mas triste era sin embargo los procedimientos judiciales, de los que vamos á citar algunos casos: Una muger que descubrió el asesinato de su marido, pidió al juez la formación de causa; pero no se la escuchó... Una viuda que hacia poco tiempo había sido sorprendida, maltratada y robada en su quinta, pidió la detención de los objetos robados; pero se la contestó que podían muy bien ser otros.

Al contrario, en celebridad del día de la restauración se abrieron las puertas de la prision, y sin mas investigaciones ni informacion de testigos fueron puestos en libertad dos sentenciados á la horca por robo y tentativa de asesinato, y otros cuatro sérvios que estaban presos por robos. De muy distinto modo procedían con los magiares, á quienes por la mas mini-

ma cosa daban de palos, encadenándolos y dándoles los mas crueles tormentos para obligar es á declarar.

En fin, allí todo era anarquía y desórden, y Dios sabe adónde hubiera ido á parar, si no hubiera ido comisionado por el gobierno el general M. de Mayahofer, que reuniendo á una gran experiencia una instrucción superior y un carácter firme y prudente, ha logrado sujetarlos, preservándoles así de innumerables males de que se veían amenazados.

ARSENAL DE BUQUES DE VAPOR DE ALTOFEU.

El grabado que damos en este número representa el arsenal de buques de vapor de Altofeu, que es un arrabal de Buda. En este astillero ha sido donde los magiares han construido sus buques de vapor, y entre otros el vapor de guerra *Mezarios*. En el fondo del grabado se ve un vapor con cuatro chimeneas, no concluido del todo; las casas que hay detrás son los talleres donde se ejecuta todo lo concerniente á esta clase de obras.

PROYECTO DE UN PUENTE COLGANTE EN COLONIA.

Con la conclusion del camino de hierro del Oeste y Este del Rin ha vuelto á ser Colonia un punto céntrico para el comercio alemán, como lo fué en época mas floreciente hasta fines del siglo XVI. Los dos ramales que parten de este punto céntrico unen el mar del Norte con el Báltico, Poniente con Levante, de modo que tomando un impulso cada vez mayor, llegará el Rin á recobrar toda la importancia comercial que merece.

Pero para esto era de gran necesidad el establecimiento de un puente fijo, pues aunque hay un puente de barcas y un pequeño buque de vapor para la comunicacion de ambas orillas, es esto muy incómodo é inconveniente en razon á que el último solo sirve para el transporte de pasajeros, interrumpiendo muchas veces el servicio cuando hay fuertes ventisqueros, y el primero se descompone diariamente por mas ó menos tiempo para el paso de los buques, balsas y vapores que recorren el rio.

Reconocida pues esta necesidad, y no pudiéndose pensar en la construcción de un puente de piedra por las grandes dificultades que habria que vencer y por su excesivo coste, que ascenderia lo menos á cinco millones de thalers, resolvieron establecer un puente colgante, en cuya construcción no habia que luchar con tantas dificultades como en el de piedra, y que ofrecia además la ventaja de ser mucho mas barato, para lo cual comisionó el ministerio al primer ingeniero C. Lentre que formó el plano, cuyo coste total ascendió solo á 1.800,000 talers y del cual damos el grabado en este número.

Varias eran las opiniones sobre el sitio en que se habia de construir el puente; pero según las observaciones hechas por el ingeniero Lentre, el inspector hidráulico Schowedler y otros inteligentes, el lugar mas á propósito era donde estuvo la antigua torre de Franconia y donde desemboca el camino de hierro. Es aquí tan ancho el Rin, que pueden muy bien construirse en medio del rio los postes con sus torres para sostener las cadenas sin temor á las inundaciones ú obstrucciones del hielo.

El ingeniero Lentre ha seguido en su hermoso plan las reglas de estática que requiere una obra de esta clase. Las torres, por entre las cuales pasan los buques, son bien proporcionadas, elevándose con vigor sobre un cimiento de 36 piés de ancho, y estando adornadas con una especie de almenas de estilo gótico normando. La distancia que hay entre estas dos torres es de 96 piés, y desde cada una de estas hasta las torres de las orillas forman las cadenas un arco de 624 piés de longitud.

En fin, es todo tan agradable á la vista y está con tanta armonía y tan bien proporcionado, que no perjudica en lo mas mínimo la impresión que pudiera formarse de su utilidad y conveniencia.

PALACIO ROSENAN EN NUREMBERG.

Nuremberg, capital del círculo de Franconia, es una ciudad considerable del reino de Baviera situada sobre el Prei guits, que la divide en dos partes. Tiene un arsenal, unabiблиотеa bastante rica, y otros varios edificios y sitios notables.

Entre estos debemos contar el Rosenan, situado en una altura inmediata á la puerta de Spittles que antes servia para pastar ganado ó para acumular escombros, y ahora es un sitio de recreo bastante estenso, compuesto de parque, estanque, hospederías y un palacio construido al estilo oriental, habitado este por el dueño que es un comerciante llamado Wisz, estando lo restante del sitio abierto al público para su recreo.

RICO Y POBRE.

(Continuacion.)

El presidente, que había dado ya no pocas señales de impaciencia, le interrumpió de pronto diciéndole:

—Atencos, señor defensor, á los hechos de la causa, y abandonad esas generalidades filosóficas que no son de vuestra incumbencia.

—Estas generalidades son toda la causa, repuso Antonio. ¿Cómo puedo abordarla mejor que probando la iniquidad de la ley que condena á mi cliente?

—No teneis el derecho de atacar la ley, replicó el presidente: la ley nos domina á todos; es nuestra religion en este sitio.

—Pero no la del jurado; su única divinidad en estos momentos es su conciencia, y á ella me dirijo.

Entonces se levantó el abogado general y dijo:

—Si continúa esta discusión, me verá obligado á pedir al tribunal que retire la palabra al defensor. He escuchado hasta ahora sus extrañas doctrinas, por consideracion á su inesperienza y por respeto al ministerio que ejerce; pero sufrir mas tiempo semejante escándalo, seria faltar á nuestros deberes. Pido pues al tribunal que ordene al defensor Larry que se atenga rigurosamente á los hechos de la causa.



Habitantes de la Wojwodina.—Servio. Kroata.

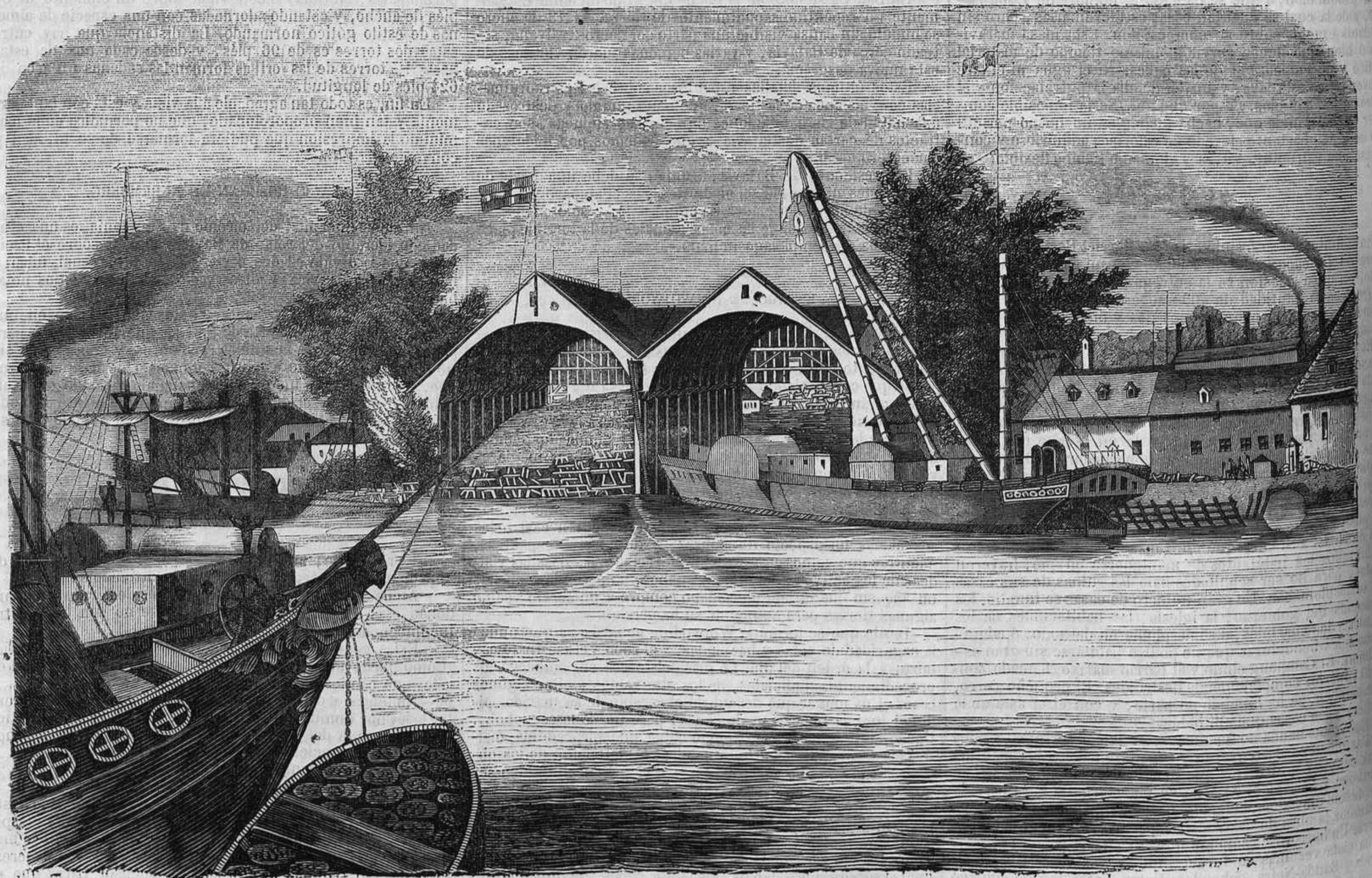


Banate aleman. Magiars.

Antonio iba á replicar, cuando el presidente, que habia hablado con los demas consejeros, dijo:
—El tribunal declara vista la causa.

El jóven abogado quiso hablar; pero el presidente le manifestó por señas que no estaba en su derecho: así fué que se sentó. Después de un corto resumen, en el cual se hizo justicia

á las declamaciones de la defensa, se presentaron dos cuestiones al jurado, que se presentó á los cinco minutos con dos respuestas afirmativas.



Arsenal de buques de vapor de Altofeú.



Proyecto de un puente colgante en Colonia.

Antonio abandonó el salon con los ojos preñados de lágrimas y el corazon oprimido por la cólera.

Al bajar la escalera, oyó que le llamaban: era un anciano abogado que vivía junto á la tienda de su madre, y con quien habia hablado algunas veces.

—Vuestro debut no ha sido feliz, señor Larry, dijo al jóven con cierta sonrisa: os habeis remontado mucho.

—Yo creía que la verdad podia hacerse oír delante de unos hombres llamados á buscarla, contestó Antonio bruscamente.

El viejo letrado soltó una carcajada, y repuso:

—Yo conozco bien el negocio; vos sois jóven y habeis creído que hablábais delante de un Areopago; por eso os habeis conducido como un orador antiguo, *vir bonus dicendi peritus*; pero ya veis que no se puede insultar al código en presencia de sus domésticos, ni criticar la ley delante de los que comen con ella. En cuanto á los jurados, tienen ya hechas sus camas, y no quieren que se les hable de los que se acuestan en el suelo, para que no les pidan una manta. Honrados padres de familia, se abrigan con su egoismo; y en verdad, amiguito, ¿qué sería de la sociedad, si todos los que tienen hambre fuesen á pedir pan á los que poseen demasiado? Eso puede pasar entre los salvajes, pero en un pueblo civilizado... cada uno para sí: para eso se han reunido los hombres en sociedad. ¡Já! ¡já! ¡já!

Antonio no sabia qué pensar de aquel tono, mitad irónico y mitad serio; miraba al señor Pillet con asombro, pero este añadió:

—Os falta esperiencia, señor Larry, como ha dicho atinadamente el fiscal. Otro defensor no hubiera perdido el tiempo en componer una peroracion brillante por una cliente cubierta de andrajos; la hubiera recomendado á la clemencia y á la sabiduria del tribunal, como es costumbre. Es preciso no malgastar palabras, que no pueden dar reputacion ni provecho.

Diciendo así, M. Pillet saludó á Antonio.

Este se dirigió pensativo á la tienda de su madre.

III

El último contratiempo de Antonio le habia desanimado completamente. Encontrábase en una edad en que la desesperacion es fácil, porque el alma se impresiona pronto, y porque caminamos por el mundo semejantes á esos soldados bisonos que no saben aguantar el calor ni el frio. Saliendo el corazon de sus primeros sueños, como de los pañales de la infancia, se repliega dolorosamente sobre sí mismo al primer contacto de la frialdad de los hombres. Aunque Antonio habia tenido ya un aprendizaje cruel de la vida, no estaba aun acos'umbrado á sufrir sus humillantes decepciones. Las luchas que se habia visto precisado á sostener le habian irritado sin endurecerle, y de ellas habia salido herido, pero no curado. Lejos de hallar en lo pasado fuerzas para combatir sus nuevos padecimientos, solo vió grandes motivos de profundo desaliento para sus esperanzas.

No tardó en complacerle su desesperacion; se reconcentró en su dolor silencioso y retirado y empezó á vivir con desdenosa tranquilidad, analizando su situacion, por temor de dejar sin exámen la menor de sus penas.

Y preciso es confesar que no necesitaba trabajar mucho para buscarlas, porque eran muchas, muy vivas y reales. En efecto, hubiera sido imposible concebir una existencia mas dolorosa que la del jóven Larry. No solo se le presentaba un porvenir sin esperanzas, sino que su presente se le aparecía sin esos placeres vulgares é inapercibidos de tal modo mezclados á las existencias menos afortunadas, que solo se adivinan cuando nos faltan. Antonio no tenia un solo amigo constante que fuese á buscarle á ciertas horas para dar un paseo; ni una casa adonde pudiese concurrir sin mas objeto que hablar del buen ó mal tiempo; ni un solo ser en el mundo que destruyese su soledad y colocase una figura humana entre él y sus ensueños. Vivía solo, y no oía mas que el regañon acento de su madre, que ya se habia acostumbrado á no escuchar.

Pasaba generalmente los dias en la oscura trastienda, que era su habitacion, inclinado sobre una mesa atestada de libros. Si alzaba la vista, era para ver aquella prolongada y negra estancia, con las dos camas de colchas verdes que se dibujaban en el fondo como dos féretros y con unas cortinas destrozadas, cuyos restos azotaba el viento contra las paredes. Una triste ventana dejaba penetrar apenas en el cuarto una luz incierta, sin que nunca se deslizasen hasta el jóven ni un rayo de sol ni un olor agradable por la entreabierta vidriera.

Allí era donde trabajaba entre el ruido multiplicado de los quehaceres domésticos y delante de un fogan apagado. Así habia vivido mucho tiempo sin sufrir; pero desde que su alma estaba enferma, miraba como un suplicio insoportable aquellas privaciones. La conviccion de que no estaba solo turbaba sus meditaciones, pues le parecia que todos le miraban é inquirian los amargos secretos

de su corazon. Si sentia los pasos de su madre, cuando estaba mas profundamente pensativo, se estremecía y se reconcentraba en sus propios pensamientos, del mismo modo que en el colegio hubiera ocultado unos versos ó una carta amorosa. Esta sujecion perpétua se habia trasformado insensiblemente en un suplicio, y su madre habia llegado á serle casi odiosa. Hubiera dado su sangre por el rincón mas oscuro de la mas humilde buhardilla de estudiante, con la única condicion de poder estar solo y de pensar sin ruidos y sin sobresaltos.

Lo que tal vez entonces envidiaba mas en la situacion de Arturo Boissard era el gabinete independiente en que una vez le habia visitado, la ventana con cortinaje blanco, desde la cual se veía el campo, y sobre todo la puerta que se cerraba por dentro. ¡Con qué facilidad debia germinar el pensamiento en medio de la tranquilidad de un asilo consagrado únicamente al estudio! ¡Cuánto debía inspirar aquel silencio, que apenas turbaban el susurro lejano de las aguas del río y el ruido de los pajarillos en los viñedos! Larry conocía que hubiera sido otro hombre en aquel retiro; que se hubiera regenerado, y que se hubieran disipado completamente las negras nubes que pesaban sobre su frente, porque no ignoraba la influencia que ejerce el mundo exterior en nuestro carácter, y cuánto mas frescas y puras nacen las ideas en una atmósfera pura, en medio de una existencia sin pesares, y ante los objetos que la poesia de las formas embellece.

Así pues, cuando la trastienda de su madre le parecia demasiado triste, ó cuando el aire que en ella respiraba oprimía



Rico y pobre.



Rico y pobre.

dolorosamente su pecho, salía al campo. Atravesaba rápidamente el arrabal, bajaba al valle, y seguía andando hasta que el último tejado de la ciudad desaparecía entre los árboles. Entonces le inundaba un bienestar indecible; erguía la frente hacia el cielo, y brillaban sus ojos. Parecía que una puerta de su corazón acababa de abrirse, y que todos sus cuidados y zozobras habían desaparecido, para que en él penetrara la suave brisa de las praderas. Caminaba de este modo largo tiempo, sin idea, ni objeto, ni recuerdos, aspirando el perfume de las plantas aromáticas y recreándose instintivamente con la contemplación de las maravillas de la naturaleza. ¡Ah! ¡Cuán risueña, cuán dulce era entonces la vida para Antonio! ¡Cuánto agradaban al pobre joven las maravillas de la creación! ¡Cuánto agradecía á Dios el que hubiese formado el mundo! Porque entonces todo lo admiraba, todo lo respetaba, y amaba todo, y abría sus brazos y su corazón á la naturaleza entera. La abeja mas pequeña se convertía en hermana suya; el mas débil insecto, que se desprendía de los arbustos, era su hermano. Llamaba á las aves, que huían llevando en el pico pajitas para sus nidos, y pisaba suavemente el musgo para no asustar á las mariposas. Todo era á sus ojos querido y sagrado.

Y después de haber andado así mucho tiempo, cuando su corazón, henchido de emociones, se adormecía en la plenitud de la felicidad, descansaba sobre la yerba con la vista fija en el cielo. La noche le sorprendía allí, abismado en sus inefables arrobamientos. Los rebaños cruzaban lentamente el sendero, mirando hacia las granjas, cuyas chimeneas humeaban en el horizonte; oíanse los ecos del caramillo del pastor, y por último se perdían en medio del silencio de la noche; aparecían en el firmamento las primeras estrellas, y un manto azulado se desplegaba y lo cubría suavemente, semejante á un tapiz de seda.

Era el momento en que, despertando Antonio, se levantaba vacilando como el hombre que sacude la embriaguez. Sacudía la yerba de sus cabellos, aspiraba las últimas emanaciones del campo, y volvía poco á poco hacia su morada, considerando su dicha como el resto de un sueño, y viendo oscurecerse, á semejanza de las colinas inmediatas, las puras imágenes que habían recreado su corazón. Acercábase á la ciudad, y el aire era cada vez menos puro, hasta que un vapor acre parecía que le apretaba la garganta. De pronto veía elevarse una mole negra semejante á un fantasma... Era la primera casa del arrabal; entraba ya en la ciudad. Nuevo Adán, arrojado del Paraíso por el arcángel, se detenía un instante y dirigía una mirada hacia atrás. Adios, perfumes deliciosos! adios, bellísimas margaritas! ese abismo sombrío en que brillan rojos resplandores, es la ciudad. El piso resonaba con los pasos de los transeúntes; oíase su inmenso bullicio, semejante á un gemido profundo y prolongado. Aquello era la ciudad, el mundo y los hombres. Antonio bajaba la cabeza porque acababa de atravesar las puertas de su infierno.

Las noches que seguían á estas escursiones trascurrían habitualmente en una situación desesperada. Larry permanecía sentado en su cama en una especie de calentura, con los ojos abiertos y los puños crispados examinaba la estrecha ventana de la trastienda, y pedía á Dios que le concediese ver el cielo ó al menos una estrella. Algunas veces, cuando el sueño medio cerraba sus párpados, creía que sus votos se cumplían: entonces se levantaba azorado; pero no tardaba en sonreírse amargamente, porque la claridad que había divisado no procedía del cielo; era una estrella humana, una estrella de sufrimiento y de muerte; una luz de la casa inmediata, colocada al lado del lecho de un moribundo. Antonio escuchaba los ruidos de la noche y contaba las horas que quedaban de vida al desgraciado, pareciéndole que oía el grito del ángel enviado por Dios antes de la muerte para anunciar á los hombres su llegada.

Solo al amanecer era cuando descansaba sobre el lecho su fatigado cuerpo. Cerraba los ojos para no ver el mundo en que estaba condenado á vivir, y llamaba al sueño para olvidar por algunas horas sus angustias.

De este modo trascurrían sus días y sus noches. Algunas veces, sin embargo, impulsado por el sentimiento de la vida positiva, procuraba ahuyentar su melancolía salvaje. Quería doblegarse á las exigencias de su profesion, ahogar sus pesares entre el texto de las leyes, y dedicarse con valor á sus estudios de abogado: pero entonces contemplaba tambien todas las miserias de su posicion: faltábanle libros... En vano buscaba, entre los artículos de su Código, los mil geroglíficos invisibles descubiertos por los comentadores; su ánimo decaía en esta pueril faena. Sin hilo conductor, sin guía, en medio de aquel Dédalo, estendía los brazos para saber dónde se encontraba. Sus fuerzas se gastaban en superfluas tentativas, sin que lograra alcanzar el objeto que apetecía.

Entonces era principalmente cuando aborrecía la profesion que había elegido, y cuando recordaba con sentimiento las que había despreciado. Como resultado de una ilusion muy comun en semejantes casos, figurábase que hubieran sido mas fáciles para él otras carreras. Por otra parte estaba ya cansado de la direccion que había seguido, y hubiera deseado cambiar de camino. Las almas apasionadas son así; las atormenta una fiebre incesante, no porque proceda esta movilidad de una inconstancia impotente, como cree el vulgo, sino porque los hombres hallan pronto el vacío, pues consumen mucho: abrazan las ideas con tanto calor que las reducen á nada: llenos de una inquietud ardorosa, quieren estudiar el mundo por completo; en cada estacion lo examinan, cojen una flor, miran al horizonte y exclaman: Adelante! Espíritus nómadas, recorren el universo moral, así como el árabe recorre el desierto, y acampan en la vida sin establecerse en ella, como si un instinto mas elevado les advirtiese que el hombre no es aquí mas que un soldado en marcha, que avanza á la conquista de la muerte.

IV.

Cierta día en que Antonio se hallaba mas descontento y mas abatido que de costumbre, se dirigió hacia el Thabor, atravesó la esplanada, y fué á sentarse en una de las laderas mas bajas y sombrías. El viento de la tarde apenas movía las hojas de los arbustos y se oía desde allí el sonido de la campana de los *Espósitos*, al paso que el olor embalsamado del *Jardín de plantas* caía sobre la ladera como un perfumado rocío.

Nadie ignora la accion penetrante que ejercen los perfumes en las organizaciones impresionables. El simple contacto de la brisa que ha pasado sobre la clemátida, la emanación de una flor de heliotropo, bastan á veces para oprimir el corazón. Se siente correr el perfume por los nervios como un veneno suave; el cuerpo se pone calenturiento, languidece el alma, y una melancolía profunda, inconsolable, mortal, penetra por todos los poros. Predispuesto ya Antonio á las emociones dolorosas, espermentó muy pronto todos los síntomas de este singular envenenamiento del alma, y se sintió dominado por una tristeza horrible. Entonces empezó á recordar, con una rabia, con una desesperacion hasta allí desconocida, la existencia miserable á que se veía condenado, y miró con espanto el porvenir, que solo le anunciaba aislamiento y olvido.

Hacia tiempo que le atormentaban nuevos deseos. Como todos los jóvenes educados en esa clase que separa al proletario del simple ciudadano, había conservado costumbres austeras. Defendido al principio por su ignorancia contra el libertinaje precoz, cuya escuela principal está en los colegios, se preservó de él después por su aburrimiento. Llegado á la adolescencia, la convicción de su escaso mérito personal y la timidez, que fué su consecuencia, le sirvieron de salvaguardia. Además, preciso es confesarlo, había tenido muy pocas tentaciones que vencer, porque pertenecía á la dura y casta raza de la antigua Armórica y sus sentidos se habían despertado tarde.

Esto no obstante, aquella naturaleza primitiva se había modificado insensiblemente en la atmósfera que había respirado. Absorto en los trabajos de la inteligencia, su constitucion popular se había ido afeminando, y sintió desprenderse poco á poco la cubierta de granito que defendía sus nervios contra las emociones tiernas y ardorosas. El aire voluptuoso de la sociedad había penetrado por sus poros, y turbábale la refinada sensualidad de la imaginación. Aunque despiertas tarde, sus facultades viriles se sintieron fuertes para el deseo y furiosas para conseguir su satisfaccion.

Hacia algun tiempo que sentía vivamente el aguijón de la juventud. Sus noches estaban pobladas de estrañas visiones, y sus sueños revelaban la ingenuidad de una virgen y el delirio de un solitario. Cuando salía de su casa, la vista de una muger le hacia estremecerse; no podía sufrir que flotase ante sus miradas una falda graciosa, ni divisar un pié delicadamente calzado, sin agitarse de una manera estraordinaria. Su primera mirada era la de un libertino; la segunda la de un colegial avergonzado.

Nuestro héroe sin embargo era débil, pero no vicioso, y sus mas ardientes aspiraciones se encerraban generalmente en el círculo de un amor legítimo. El grito de los sentidos no ahogaba la voz de su alma.

Por eso alzó los ojos con un estremecimiento de sorpresa cuando oyó cerca de sí el ruido de unos ligeros pasos. ¿Qué vió entonces? Una pareja al parecer dichosa, tal vez dos recién casados: el esposo rodeaba la cintura de la esposa con el brazo izquierdo, y con su mano derecha estrechaba otras dos que se le abandonaban con placer: ambos iban embelesados en amorosa plática.

Antonio pensó que nunca podría pasearse de aquel modo, y la mas amarga desesperacion se apoderó de su alma. Entre tanto había llegado la noche, y ya iba á dejar su paseo, cuando encontró á un joven que seguía su misma direccion. Los dos se miraron casi al mismo tiempo y se reconocieron.

—¿Randel!

—¿Antonio!

—Hace un año que no te he visto.

—Y yo á tí un siglo.

Jorge Randel cojió del brazo á Larry, y se dirigieron juntos hacia la ciudad.

Jorge había estudiado con Antonio, y era hijo de un relojero que tenia algunos bienes. Después de haber cursado medicina en Rennes, había ido á París para recibirse de doctor, y luego que volvió le había encontrado Antonio algunas veces: era, con todo, el único joven á quien profesaba afecto. Por lo demás, Randel estaba dotado de esa fuerza negativa que resiste cediendo, y poseía bastante dosis de filosofía para no afligirse mas allá de sus fuerzas. Esto no obstante, los que conocían á fondo su carácter aseguraban que, bajo aquella apariencia de buen humor constante, se ocultaba un germen de fuerza, de elevacion y de moralidad, que las grandes circunstancias podían desarrollar.

Lo primero que hizo fué informar á Antonio de que había llegado á reunir una clientela regular, y que todo le presagiaba un porvenir brillante. Antonio por su parte no le ocultó que había sido menos feliz, y le refirió sus contratiempos y la pérdida de sus ilusiones. Su amigo le escuchó con atencion, y le dijo:

—Nunca adelantarás, porque has considerado el mundo al revés. Si yo hubiera hecho lo que tú, no tendría hoy dos enfermos. No he asegurado mi porvenir de esa manera.

—¿Pues cómo?

Muy sencillamente: he apretado los codos para no tropezar con nadie, y me he vestido de terciopelo para no ser confundido entre la multitud. He cuidado tambien de dar á mi carácter tantos ángulos entrantes, como agudos observaba en los caracteres de los demás, para que todas las naturalezas pudiesen acomodarse á la mia. Así se me ha citado como el hombre mas sociable del mundo. Al mismo tiempo he frecuentado este, y he acudido siempre á todas partes: es preciso acostumbrar al público á nuestras fisonomías.

—Pero ¿quién te ha proporcionado clientes?

—Yo mismo: me he insinuado en las familias curando indisposiciones ligeras á las señoritas y recetando gratis para sus criados; he interesado el amor propio de mis conocidos reuniéndome á ellos, y me he recomendado á su proteccion. Luego han venido los hijos de familia, que siempre tienen que consultarnos, y soy médico de sus queridas para serlo después de sus mugeres. En una palabra, he logrado hacerme querer de todos y he adquirido la reputacion de un *escolente joven* para aspirar á la de buen facultativo.

—Aun cuando no repugnase eso á mi carácter, no lo hubiera conseguido, porque á nadie conozco.

—¿No tienes tus antiguos condiscípulos? No sé de qué sirven nuestros cólegas, si no nos preparan relaciones para el porvenir. El título de condiscípulo es una especie de pa-

rentesco consagrado por el uso, que obliga á la proteccion. —¿Y quién es el hombre de talento que te ha ayudado á hacer temas? preguntó Antonio sonriéndose.

—Ninguno, que yo recuerde; pero teníamos por camaradas de clase á hombres que ahora son ricos é influyentes. ¿Por qué no les hablas? ¿Por qué no sigues, por ejemplo, tus relaciones con Arturo Boissard? Su familia hubiera podido ayudarte, y no desconoces que te ha hecho algunos beneficios.

—Demasiados, dijo Antonio: la proteccion orgullosa de los ricos hiere el corazón, y no me gustan los favores que se me dispensan por lástima: para que no me pese un beneficio es preciso que me llegue de un igual á mí ó de un amigo.

—Es decir que tienes orgullo; pues es el vicio mas perjudicial para el pobre, porque le detiene indudablemente en sus primeros pasos. En vez de adoptar á Arturo como un protector, no has querido ver en él mas que un rival... ¿Qué has ganado con eso? Arturo ha conseguido sus deseos, y tú permaneces al principio de tu carrera. Ya te he dicho que de ese modo nada se logra: el mundo tiene sus principios y sus preocupaciones, cuya accion es preciso evitar si no queremos que nos inutilicen. Querer, cuando somos jóvenes, atacarlas de frente, es renovar la famosa lucha que Esopo refiere, y representar el papel de cántaro. La sociedad es demasiado compacta, y no se puede penetrar en ella con violencia. Si quieres avanzar, sigue los pasos de otro que haya hecho ya la carrera, y recoje como el perro las migajas que caigan de su mesa.

—Prefiero la trastienda, dijo Antonio meneando la cabeza; los disfraces hipócritas me repugnan, y yo no sabría endosarme el traje de lacayo. La vida, entendida de ese modo, solo es una farsa despreciable.

—Y tú quisieras convertirla en un poema épico, ¿no es verdad? Yo tambien quisiera poder entrar en el puerto sin tropezar en los escollos; pero mas vale salvar estos que perecer. ¿Crees tú por ventura que vivo contento y satisfecho porque me presento en todas partes con la sonrisa en los labios? Tambien tengo mi corona de espinas; pero hago como que no siento el dolor de las heridas que me hace. ¡Ah! Todos los caminos son duros y difíciles para el pobre. Demasiado débil para luchar contra la sociedad, he cedido con tiempo para no verme obligado á hacerlo cuando fuese ya tarde, y al menos he evitado de este modo la fatiga y los sinsabores de inútiles combates. Ya te lo he dicho: tambien tengo mis horas de indignacion; pero las oculto, porque la indignacion impotente es siempre ridícula. No pudiendo mostrarme arrogante me he hecho humilde, á fin de no sufrir la vergüenza de verme rebajado por otros. ¡Oh! Ya sé que en la vida hay otra mision mas noble que cumplir; algunas veces me ruboriza mi propio egoísmo, y conservo en el corazón una llaga que se abre en ciertas épocas y sangra dolorosamente...

Detúvose un instante Randel, oprimido por sus recuerdos; pero desechando por fin aquella nube de tristeza que parecía agobiarle, prosiguió diciendo:

—Ea! afuera locuras, Antonio, pues voy á ponerme serio y no me conviene reflexionar. Vivamos pues alegremente como hombres de talento. Y hablando en plata, ¿qué es lo que tú ves de repugnante en nuestro papel de lacayos? ¿No vale mas ser un criado como Figaro que un conde como Almamiva? Seamos pues verdaderos criados y gobernemos á nuestros amos. Escrípulos á un lado, y sepamos aprovechar las ocasiones de hacer fortuna.

—Ya empiezo á comprender, dijo Antonio con amargura.

—¿Qué es pues lo que te detiene? Vamos: arrímate á un jurisconsulto honrado y bien quisto, á algun viejo abogado, á quien una enfermedad de pecho impida asistir á vistas de causas; sigue su suerte, hazte su *bravo*, calumnia por su cuenta, mata por sus insinuaciones, y el mundo te apreciará. Se dirá en todas partes que eres un joven de grandes esperanzas, y llegarás á ser padre de familia, elector y miembro del consejo general.

—¡Oh! quisiera hacerlo aunque solo fuese para vengarme, exclamó Antonio pensativo.

V.

Los consejos de Jorge habían hecho tanta mayor impresion en Antonio, cuanto que le habían sido dados en un momento de irritacion y de desprecio, que le predispusieron perfectamente para recibirlos. Había llegado á una de sus crisis de laxitud, durante las cuales sucumben las virtudes mas sólidas y los hombres mas fuertes desmienten las costumbres de toda su vida, por disgusto, por duda ó por indiferencia. Después de haber pasado una noche fluctuando en mil encontrados pensamientos, se decidió por fin á tentar algunos de los medios indicados por su amigo.

Entre todas las personas que conocía, una sola podía serle útil inmediatamente; era aquel viejo abogado con quien había cambiado algunas frases después de su defensa en el tribunal.

M. Pillet era vecino de la señora Larry, y muchas veces había hablado con Antonio en la tienda de su madre, y aun le había instado para que fuera á verle á su casa, aunque el joven nunca había correspondido á su invitacion. Por lo demás, la reputacion de M. Pillet era de las mas equívocas. Establecido en Rennes hacia ya veinte años, nunca había defendido causa alguna, atribuyendo unos su silencio en el tribunal á ineptitud, y otros á un tartamudeo, contraído de resultados de una enfermedad.

M. Pillet, sin embargo, tenia una gran clientela: su habilidad le hacia ser buscado por los oradores de profesion, y su nombre inspiraba una especie de terror respetuoso á los concurrentes. Nadie conocía como él las sendas ocultas de un procedimiento, y aunque era uno de esos hombres á quienes nadie desea tener en público por amigos, las personas mas austeras le consultaban en momentos difíciles.

Antonio conocía pues imperfectamente á M. Pillet, é ignoraba la causa del aislamiento en que vivía: si hasta entonces no le había visitado, no podía atribuirse esto á escrúpulos de delicadeza, sino á su natural timidez que le había impedido dar paso alguno que pudiera serle útil.

(Continuará.)

D. FELIX MEGIA.

Treinta y dos años se cuentan desde la aparición de un folleto, que debía ser el primero de una serie periódica, que con los títulos de *El Zurriago*, *La Zurriaga*, *La Terceola* y *El Terceolin*, salieron a luz con inmensa aceptación en Madrid desde 1821 á 1823. Eran los fundadores y redactores de aquella publicación D. Benigno Morales y Don Felix Megia: el primero fué fusilado en Almería en 24 de agosto de 1824; el segundo acaba de morir el 24 del corriente en una cama del hospital del Cármen.

No pretendemos escribir un artículo biográfico, para el cual nos faltan noticias, ni un juicio de aquel famoso periódico, cuya publicación está tan enlazada con la historia de un período de nuestra revolución, que no es posible apreciarle sin hojear las páginas de *El Zurriago*; sin duda que este título tiene una significación poco grata para los que defienden y respetan la libertad de escribir; pero preciso es también colocarse en la época en que se imprimía, para disculpar muchos de los excesos que cometió *El Zurriago*, mas acaso por la forma de sus artículos que por la intención que envolvían. Ello es, y esto dice mucho en favor de la prensa española, que á pesar de la libertad omnimoda de emitir el pensamiento, que entonces se disfrutaba, y de lo reciente que estaba la ingratitud de un monarca que tan mal había pagado al pueblo que se sacrificó por rescatar su corona de manos del coloso que dominaba á la sazón el continente entero, lo primero que se lee al frente del *Zurriago* son las siguientes líneas de respeto al trono, que creemos conveniente copiar aquí:

«De cuanto digamos relativo al gobierno, nada se entiende con el Rey Constitucional de España, cuya persona es sagrada é inviolable.»

De estas palabras estampadas en la primera página del *Zurriago*, que ha sido citado en primera línea siempre que de demasías de la prensa se ha tratado, pueden sacarse consecuencias que destruyen por completo los pretestos especiosos de que se vienen sirviendo hace años cuantos han labrado un eslabón mas en la cadena con que se pretende sujetar la imprenta, como si la imprenta no fuera ya señora del mundo, que sigue impávida su marcha triunfante sin curarse apenas de tal ó cual imperceptible obstáculo que se oponga aquí ó allí á su irresistible acción civilizadora. Pero no es LA ILUSTRACION, ajena á todo asunto que se roce con la política, á quien corresponde dejar sentado lo que hay de verdad en esa ridícula alharaca de los que temen la publicidad; nuestra misión es mas modesta.

No sabemos á quién esté reservada la tarea de escribir la historia del periodismo español; lo que sí creemos es que llegará día en que se publique un trabajo de este género; en él, después de *El Espectador*, *El Imparcial* y *El Universal*, ocupará un buen espacio *El Zurriago* al lado de *La Miscelánea*, *El Indicador*, *El Censor* y de todos los periódicos que en Cádiz y en Madrid inauguraron las tareas de la prensa política.

Como redactor del periódico mas popular de su época, Don Felix Megia merece un recuerdo; como hombre honrado, probo y consecuente en sus principios políticos, principios que no calificamos, debe honrarse su memoria con tanto mas motivo, cuanto que esta cualidad es mas rara en los tiempos que alcanzamos; como desgraciado, reclama una lágrima de compasión en el momento en que concluye la interminable serie de sus infortunios, al atravesar las puertas de la eternidad.

Pocos, poquísimos escritores han alcanzado en nuestro país igual popularidad que Megia: apenas en los años de mas fortuna logró *Fray Gerundio* siguiendo un sistema parecido, ser tan leído como *El Zurriago*, no obstante la inmensa distancia que había entre el año 21 y el 40. Aquel pequeño periódico, el primero que alcanzaba en España un éxito semejante, granjeó á Megia un prestigio fabuloso, y acabó por darle un asiento en la representación nacional, si no estamos equivocados. Auditor de guerra y jefe de varias provincias de América, ha muerto sin consideración alguna oficial; victoreado por el pueblo con un entusiasmo febril que llegó á rendirle ovaciones y á conducirlo en hombros, ha bajado al sepulcro olvidado de casi todos, sin mas oración fúnebre que alguna gaceta de tal cual periódico, sin que la mayor parte de los que la lean sepan la significación que ha tenido su nombre; dueño de una fortuna considerable, ha dado el último suspiro en el hospital de Incurables, donde le condujo una enfermedad terrible, y la miseria en que ha dejado á su esposa y á dos hijos de tierna edad, refugiados hoy en una buhardilla sin lecho siquiera en que reposar, sin mas alimento que el pan que deben á algunas almas piadosas.

Hemos dicho que no tenemos datos para escribir una biografía, y sin embargo hemos hablado de lo consecuente que fué Megia en sus principios, porque es acaso lo único que de él se sabe como cosa notoria é incontestable. En 1844 imprimió un prospecto anunciando una nueva época de *El Zurriago* que no llegó á comenzar: en él escribió los siguientes párrafos, que creemos oportuno reproducir aquí.

«Por una ley del destino mi alma respiró siempre el aire de la libertad. El amor á la patria y á su engrandecimiento ha estado constantemente grabado en mi corazón con caracteres indelebles. La patria ha sido mi ídolo, y he rezado de rodillas ante ella, con tanto fervor como pudiera hacerlo el mas rígido y entusiasmado anacoreta al pié de los altares.»

«Ningun padre ha amado tanto á sus hijos como yo á la libertad de mi patria; ningun amante ha idolatrado tanto en su querida como yo en la libertad del género humano, ansioso de preservarlo del ignominioso yugo de la tiranía; y ningun avaro ha procurado aumentar su tesoro con mas afán que el que yo he demostrado al procurar el descrédito del poder sin límites, y al instruir á los hombres en sus justos é inalienables derechos de libertad civil, seguridad personal, igualdad legal, y resistencia á la opresión, escitándolos á la lucha para recobrarlos y conservarlos. Me glorío de no haber dado un mal paso en la carrera de la libertad. Ahí estan mis obras que lo testifican.»

«Bajo este punto de vista he sido considerado siempre por los verdaderos patriotas. Los partidarios del despotismo hicieron en la época anterior del *Zurriago* los mayores esfuerzos

para destruir mi reputación, y con este propósito me oprimieron con calumnias, con prisiones, con toda clase de padecimientos; pero el universo me vió marchar impávido por la revolución, rodeado de puñales, con el cadalso en hombros, cubierto de heridas cual Turno en Virgilio, y siempre firme al timon de la nave, hasta que zozobró en 1823. Entonces me aparté de la revolución con el desconsuelo de un gladiador vencido en la arena»

«Ahora vuelvo al palenque, y acaso sucumbiré bajo el peso de mis sensaciones; pero como no soy de los hombres que abrigan presentimientos, marcharé si es necesario hasta por cima de los precipicios de Atlas y del Cáucaso, con las mismas ideas, con la misma decisión y con el mismo entusiasmo, y resuelto á correr hasta el extremo del estadio, para ver si está de Dios que los españoles conservemos las garantías sociales que nos acuerda la ley fundamental, ó si el cúmulo de aberraciones, de torpezas y de discordias intestinas nos arrastra á llevar por la vida la degradante cadena mordiendo los hierros.»

Estos eran los sentimientos de Megia pocos años antes de morir; sus opiniones no habían sufrido ninguna modificación; estas han sido hasta sus últimos momentos, sin que las persecuciones, los desengaños, las defecciones, la miseria y el hambre para su familia hayan hecho torcer su voluntad, ni rebajar su ánimo. Ya que para él no hubo consuelo, reclamámosle para su esposa y para sus tiernos hijos: en su favor se ha abierto una suscripción á que esperamos contribuyan los que participen de sus ideas políticas, por la lealtad con que las defendió; los enemigos de ellas porque tuvo una cualidad, siempre honrosa, la de hombre consecuente, y porque sus desgracias exceden á los errores que haya podido cometer; los que han alcanzado y alcanzan una posición distinguida considerando al que tanto supuso que llegó á ser un poder, y ha dado el último suspiro en el lecho de un asilo de beneficencia, rodeado de su familia, á la cual no lega otro patrimonio que la orfandad, la miseria, el hambre y el dolor. Encuentre ella algun apoyo en su desgracia, y consagre la prensa toda un recuerdo á la memoria de Megia, si quiera porque este nombre figurará entre los que han echado los cimientos al periodismo español, contribuyendo á poner entre nosotros la primera piedra de esa gran institución que tanto terreno ha conquistado en pocos años y que acabará por ser la reina del mundo.

LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

CAPITULO V.

Encuentros.—Hostilidades.

—Ciudadano, dijo el cabo acercándose á Chateaufeu sombrero en mano, no esperábamos tener la honra de encontrarlos aquí.

—Pues yo os aguardaba, repuso el *currutaco*. Los gendarmes y los ciudadanos que les acompañaban se miraron sorprendidos.

—Traemos una comision, añadió el cabo. —Buscais á un sospechoso y queréis prenderle, contestó Chateaufeu.

La misma sorpresa por parte de los interlocutores. —Es decir, ciudadano, que teneis conocimiento de las órdenes que se nos han dado.

—No solo de las que sabeis, sino de las que os faltan respecto al mismo asunto.

El tratante en caballos y el enviado del Instituto se descubrieron.

—¿Tendreis la bondad, ciudadano, de comunicarnos las instrucciones de que sois portador?

—Ya lo veremos: dad principio á cumplir con vuestro deber, y después se hablará.

—¿Luego está aquí el sospechoso? preguntó el ciudadano Garot, tratante en caballos.

—¿Y qué! Me corresponde por ventura ilustraros acerca de ese punto? Empiezo á creer que el gobierno puede engañarse á veces respecto á la capacidad de sus funcionarios.

—Pero, ciudadano, replicó el buen mozo del plato de crema, ¿estais tambien encargado de alguna mision superior?

—De todo cuanto se ha querido encargarme, y anoche os probé, entre otras cosas, que hablais demasiado en público. Los charlatanes obran poco ¿lo entendeis? y el gobierno quiere accion, quiere servicios, pero no palabras. Vuestra pretendida comision relativa á Bellas artes es un dizfraz estúpido; y en cuanto á la del tratante en caballos por cuenta del Estado, carece de sentido comun. Os he conocido á primera vista, señores agentes de policia, y es preciso que no robemos el dinero del poder ejecutivo. Debo pues decirlos que sois muy malos actores y que estais espuestos á ser silbados.

—Es decir, destituidos, observó el tratante en caballos.

—Ea! dijo el cabo, procedamos á una visita domiciliaria y arrestemos al sospechoso.

Se les vio entonces entrar en la casa intrépidamente. Chateaufeu, sin moverse de su asiento, volvió á silbar su aire favorito de caza y á sacudirse las botas con la punta del látigo.

Veinte minutos después, los agentes y los gendarmes volvieron al mismo sitio con los rostros compungidos y las miradas tristes.

—¿Que tal? les preguntó Chateaufeu.

—Ni una rata, respondió el cabo: lo peor es que ni aun hemos hallado el rastro mas leve....

—Sin embargo, él tenia ó debia tener un caballo, dijo el ciudadano Garot.

Volaron á la cuadra y se presentaron otra vez humillados y confundidos.

—Ni caballo, ni silla, ni freno, ni sombra de nada, murmuró el cabo.

—¿Sabeis, ciudadanos, exclamó Chateaufeu, que el gobierno tiene en vosotros excelentes servidores? ¡Ira de Dios! ¿Cómo os atreveis á robar de ese modo al Directorio?

La humillacion de los agentes no podía ser mayor, y el cabo, fuera de sí, empezaba ya á enfadarse con los que le habían metido en aquel mal paso.

—Ciudadano Chateaufeu, dijo al fin, espero vuestras órdenes para registrar escrupulosamente toda la isla.

—¡Mis órdenes! le contestó el jóven; me parece que os burlais. ¿Sabeis siquiera quien soy?

—Vuestro pasaporte dice lo bastante: el presidente del Directorio os ha confiado una mision importantísima, y nosotros los gendarmes no ignoramos lo que eso significa. Estos dos necios me han traído á este sitio, suponiendo lo que en él no existe; pero yo suplico al señor inspector general que no haga mención en su informe del injustificable registro de esa casa que acaba de practicarse.

—Cabo, ya hablaremos de eso: entre tanto ayudadme y acabemos de una vez este negocio.

Levantóse el *currutaco* y el cabo se puso á su lado, dispuesto á ensartar con su espada-sable á los dos agentes, si lo ordenaba Chateaufeu. Conocióse que deseaba ascender en su carrera. El jóven sacó del bolsillo varios papeles, los recorrió con la vista, y después escribió algunas líneas en una hoja de su cartera.

—Vais, dijo á los agentes, á reparar sin tardanza vuestros desaciertos. Cabo, ¿á qué hora pasa cerca de aquí el coche de Orleans á Nantes?

—Ciudadano director, respondió el cabo sacando el reloj, á las tres y media; de modo que estará delante de la isla dentro de un cuarto de hora.

—Muy bien; estos dos agentes entrarán en él, y llegados á Nantes, irán adonde dice este papel, y preguntarán por la persona que el mismo indica: si saben su oficio, adivinarán y obrarán; si no prenden al sospechoso que buscan, quedarán destituidos. Creo que necesitarán dinero para el viaje; y como ya no tienen tiempo para volver á Tours, ahí tienen diez luis. Cabo, os encargo la ejecucion de estas órdenes; podeis retiraros.

Diciendo así, entregó Chateaufeu al cabo el papel y el dinero. En seguida volvió la espalda á los agentes, y empezó á recorrer la isla, paseándose y silbando su aire de caza.

Un cuarto de hora después llegó el coche de Orleans á la altura de la isla y se detuvo á los gritos de los gendarmes. Una de las barcas de pesca trasportó á los agentes y á los encargados de vigilarlos, y todos partieron para Nantes, resueltos á emplear los mayores esfuerzos para apoderarse de la persona del capitán Raimundo.

La isla tenia tres cuartos de legua de longitud y como un cuarto de latitud; de modo que colocándose un hombre en una pequeña altura, podía abrazar con la vista los dos brazos del Loira y sus opuestas orillas. Chateaufeu procuró descubrir así á Sultan y á su ginete, y hacia ya diez minutos que exploraba con el auxilio de su anteojo todos los contornos de la isla, cuando de pronto vió á un hombre que se dirigia rectamente hácia él. Un ligero estremecimiento se apoderó de nuestro *currutaco*, porque aquel hombre era precisamente el que usaba una levita gris con botones de metal, el mismo á quien había visto por primera vez el día anterior en la mesa redonda del *Faisan*.

—Es una fatalidad, murmuró entre dientes; no me gusta esa cara, y su presencia en este sitio anuncia algun percance.

Nuestro jóven, sin embargo, poseía un remedio maravilloso para recobrar su aplomo y sangre fria; era lanzarse sin transición y sin miedo en medio del peligro.

El hombre gris, pues así le llamaremos, estaba á unos treinta pasos de Chateaufeu, sin que este diese la menor señal de haberle divisado. Con su anteojo en ristre, parecia como absorto en la contemplacion de las bellezas de la isla. El otro se acercó hasta la distancia de seis pasos sin pronunciar una palabra: entonces se detuvo, y como para entablar conversacion empezó á toser.

—¡Demonio! exclamó el *currutaco* fingiendo la mayor sorpresa. ¿Quién se ha constipado por aquí?

—Ciudadano, le contestó el hombre gris, siento haber interrumpido vuestro éxtasis; pero venia á rogaros...

—Solo se ruega á Dios y á los santos, ciudadano, repuso con sequedad Chateaufeu. Ahora bien, yo no soy Dios, y en cuanto á los santos, no ignorais que en el calendario republicano se han suprimido.

—No os incomodeis, ciudadano; decidme únicamente si queréis hacerme un favor.

—Hablad.

—Se me figura que conoceis esta isla. ¿Podeis indicarme dónde está situada la casa llamada de los pescadores, ó molino viejo?

—Por lo pronto debo decirlos que acabo de arribar á esta isla por la primera vez de mi vida; y como el molino viejo ó la casa de los pescadores está ahí, enfrente de vuestros mismos ojos, me permitireis que prosiga observando ese paisaje pintoresco.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Con que en ella se oculta el emisario de Bonaparte, el capitán á que debo prender, y á quien el Directorio quiere fusilar? Gracias, gracias, ciudadano.

El golpe era certero, y cualquiera otro que Chateaufeu hubiera hecho traicion á sus sentimientos.

—¿Qué diablos me estais refiriendo? contestó con la mayor serenidad. ¿Con que deseais fusilar á alguno?... ¡Bah!

Hablando así, se echó el anteojo á la cara para continuar sus observaciones. El hombre gris se vió chasqueado, pero volvió á la carga.

—¿Conoceis al capitán Raimundo? preguntó al jóven.

—Sí por cierto, respondió este. ¡Ah! ¿Y cómo se encuentra ese valiente oficial?

—Al presente bien, pero mañana será otra cosa, pues le considero perdido.

—¡Ah! Por eso siguen su pista todos los sabuesos de la policia.

—No me comprendéis, ciudadano, y eso que anoche disteis en el *Faisan* bastantes pruebas de grande inteligencia.

—¿Lo decís, ciudadano, porque os conocí?

—Precisamente, lo mismo que yo á vos, señorita.

Esta última palabra silbó como una bala en los oídos de Chateaufeu, que se estremeció ligeramente.

El hombre gris acababa de obtener evidentemente una señalada ventaja sobre su adversario; pero este necesitaba recobrar el puesto perdido, y juró entre dientes que lo conseguiria, aun cuando tuviese que matar allí mismo al atrevido agente de policia. Guardando entonces su anteojo en el bolsillo, se volvió hácia el *quidan*, que tan personalmente le

había interpelado, y con ojos centelleantes y terrible é irónica sonrisa le dijo:

—¿Sabéis lo que hago yo cuando quiero desembarazarme de un perro que me sigue para morderme las piernas?

—En primer lugar, no soy perro, replicó el hombre gris; y en segundo, no trato de morderos.

—Pero seguid mis pasos, y tal vez lo habeis hecho desde que salí de París.

El hombre gris se inclinó en señal de asentimiento.

—¿Con que el gobierno hace que me sigan? añadió Chateauf.

¿Con que cuando salgo á ver á un

amigo echa tras de mí á sus agentes,

para que yo les descubra inocentemente la guarida del que buscan?

¿Con que yo soy el cebo en esa caza infame?

¿Con que sirvo de reclamo al paso que vosotros sois los cazadores?

¿Con que todo eso hace el gobierno de Barras? Pues bien;

puede contar con mi gratitud. En cuanto á vos, cuyo nombre ignoro, os hago saber que habeis perdido el tiempo.

—Vamos, señorita, tranquilizaos un poco, murmuró el agente.

—Alto ahí: yo soy el caballero de Chateauf para todos, para el mismo diablo, y por consiguiente para vos. Si me dais otro nombre, os prometo seriamente dejaros mudo.

El hombre gris bajó la cabeza, porque acababa de observar que el ciudadano Chateauf, diestro tirador, llevaba un par de excelentes pistolas.

—Caballero, dijo recobrándose, mucho sentiria desagradaros: mi comision se reduce á velar sobre vos y á protegeros en caso necesario.

—Gracias: tambien traeis otra.

—No lo niego, y pienso cumplimentarla con celo; como que ya vislumbro en ella buenos resultados...

—¿De veras? ¿Creeis que el capitán se verá pronto arrestado?

—¡Eh, ciudadano Chateauf!

¿Se os figura que soy tan avestruz como los tontos á quienes habeis enviado á pasear en coche hasta Nantes? Yo no estoy al servicio de ciertos individuos del Directorio, sino al de la cabeza, al de la inteligencia del poder.

—Si; sois un esbirro de Barras, y no de Gohier ni de Moulins, porque en esta época el gobierno tiene diez policías, sin contar la del ministro del ramo. Barras es un *grande hombre*, pero celoso, vengativo, ambicioso etc., etc.: además está furioso con mis *extravagancias*, tiembla por su poder, y pre-

tende apoderarse de un oficial valiente y buen mozo, á quien teme como agente de Bonaparte, y como hombre que ha sabido agradarme. Ea pues! servid á Barras en vuestro oficio; pero tened entendido que no quiero que sigais mis pasos, porque no necesito la proteccion de nadie. ¡Ah! Os declaro asimismo que no arrestareis al capitán Raimundo mientras yo viva. Estais despachado.

Diciendo así bajaron ambos de la eminencia en que se hallaban; pero una vez en la pradera, observó Chateauf



Las cenas del Directorio.

que el hombre gris no pensaba ausentarse de la isla; tomó pues su partido, y dijo á su adversario:

—Os prevengo que si tratais de seguirme, no lo hareis sin peligro.

—Mi intencion, repuso aquel, es esperar la fuerza armada que he requerido y emprender una batida por el bosque: daré principio cercando esa casa.

—Me gusta esa franqueza; y pues habeis declarado la guerra, comenzarán las hostilidades.

Acercóse nuestro *currutaco* á la casa, y vió junto ella á cuatro pescadores que acababan de llegar del río: hizoles una seña, y habló con ellos en voz baja. Al punto entraron en el molino viejo y volvieron á salir armados con buenas carabinas. Francisco por su parte se presentó con los dos caballos. El ciudadano Chateauf montó y dijo á su ejército:

—Amigos míos, supuesto que habeis jurado defender á vuestro compañero, seguidme, pues va á abrirse la campaña.

—Un momento, repuso el hombre gris, que queria ganar tiempo. ¿Habeis reflexionado bien el paso que vais á dar? Sabed que espero doce gendarmes y un cabo.

—Si; pero aceptareis, mientras llegan, la escolta de estos cuatro valientes, y me seguireis al bosque.

—¿Me arrestais, ciudadano Chateauf?

—Hago con vos lo que deseais hacer con otro.

—Caballero, gritó el agente sacando dos pistolas, os hago responsable de lo que ocurre. Hé allí á los gendarmes que se disponen á pasar en la barca.

—Mucho les costará hacerlo. ¿No veis el cable que les impedirá adelantar, porque se aloja é impide la barca hácia el fango del río?

—¡Ah! exclamó el agente: han cortado el cable...

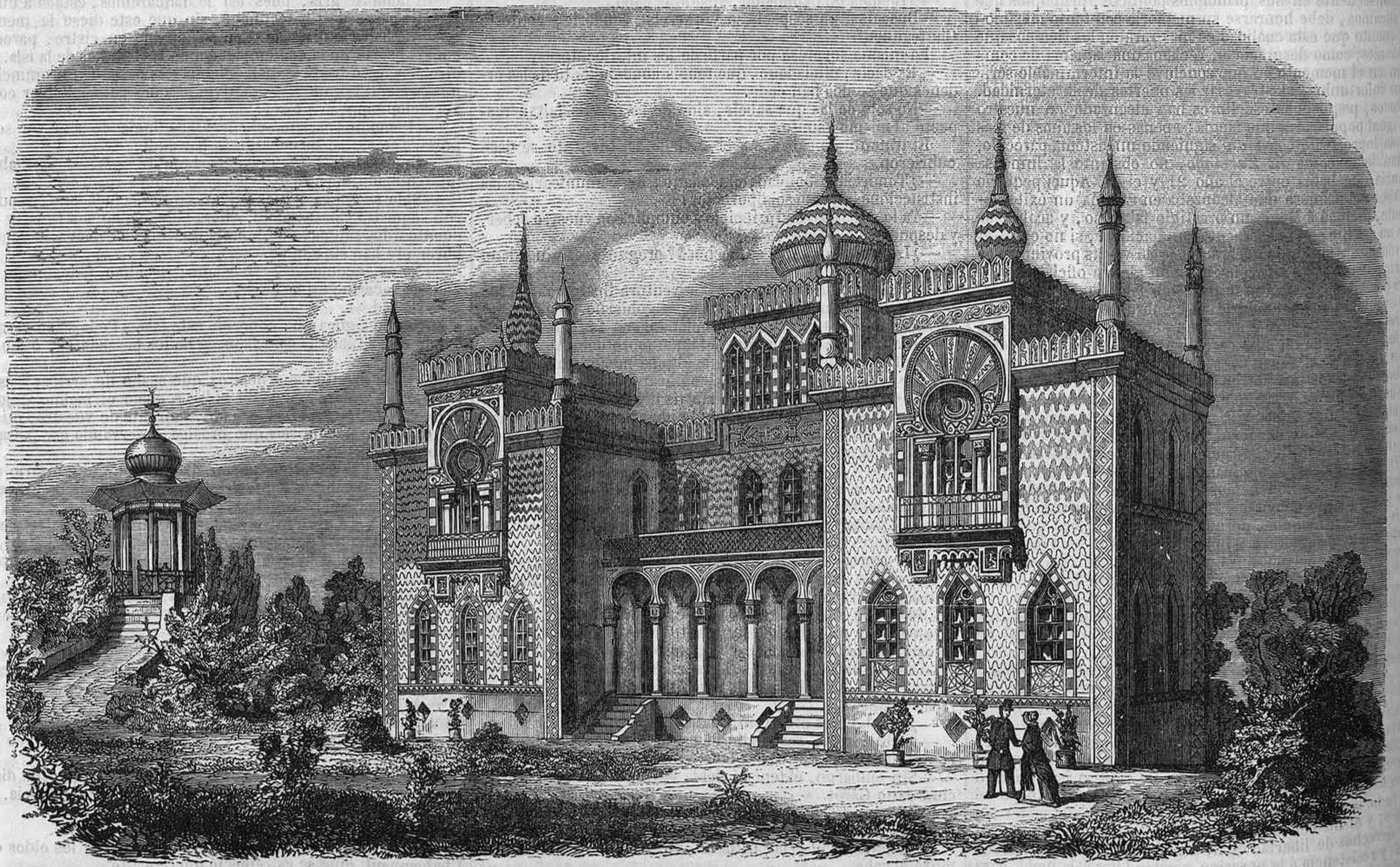
—En efecto: ha sido obra del cuchillo de un pescador, á quien he enviado á operar ese nuevo sistema de navegacion.

El jóven no se equivocaba: el cable que atravesaba el brazo del río, y servia para la direccion de la barca de pasaje, se hallaba cortado por la parte de la isla y flotaba á merced de la corriente del Loira, de modo que la barca vagaba en derivacion, con gran susto de los gendarmes que en ella se habian embarcado. Las carcajadas de los pescadores completaron aquel cuadro dramático, y el pescador, que volvia ya de cortar el cable, recibió de Chateauf un escudo de seis francos.

—Parece que el general paga á sus tropas en el campo de batalla, dijo el agente consternado.

—Pronto discutiremos nuestros principios militares, respondió Chateauf, y celebraremos en el bosque un armisticio. Ea, camaradas! añadió dirigiéndose á los pescadores, quitad al prisionero sus pistolas, y en marcha.

El agente entregó las armas y siguió al destacamento, á cuyo frente iban en sus caballos de batalla el ciudadano Chateauf y su ayudante de campo Francisco.



Palacio Rosenan en Nuremberg.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo 26.